

HOMBRES,
LUGARES
Y COSAS
DE
LA MANCHA

SOBRE EL LIBRO 50

Han empezado a llegar escritos y retratos para este libro que yo agradezco como nadie sabe.

Los voy colocando en cajas de zapatos que es lo seguro para que no se pierdan, según me enseña Teodoro Cruz, dolido de un cierto traspapeleo que sufrí. Teodoro tiene la rectitud de los catedráticos y enseguida le pone el paño al púlpito y te inculca la doctrina, gracias a lo cual todo queda asegurado.

Yo quisiera ser espectador en esta función pero comprendo que no puede ser ni conviene, porque esto tiene mucho de escena testamentaria y lo más probable es que coincida la publicación del libro 50 con el cumplimiento de mis primeros noventa años. Se trata por lo tanto de transmitir la herencia y que se vayan viendo las orientaciones más adecuadas para continuar la obra prescindiendo de mí y fortaleciendo la obra que es de todos, corregirle las faltas, robustecerla completándola y dándole solidez para que perdure y ayude a los alcázareños en su desenvolvimiento futuro. Esto creo yo imparcialmente que debe ser la tendencia y lo que puede quedar, de quedar algo y ser útil a la comunidad.

Hay que escribir la historia de Alcázar cuya parte contemporánea es la más trabajada en esta obra y puede ser la de más provecho a los venideros, sin que falten detalles de las demás épocas que se pueden aprovechar completándolos y ordenándolos con el trabajo que se necesite. Abrir fuentes de conocimiento y cotejar con orden las conocidas, debe ser la aspiración de los continuadores, antes de lanzarse a conclusiones definitivas que puedan dar lugar a un trabajo incompleto o defectuoso.

¿Qué hicieron aquí los árabes, los romanos, los godos y que huellas nos dejaron debe ser el trabajo de muchos, dispersos por los archivos nacionales, con un criterio común y una unión fraternal, cosa imposible para uno solo y más si tiene que vivir de su trabajo profesional como es natural.

Si estos 50 libros les sirven de algo se podrá dar siempre por bien empleado el trabajo y el sacrificio de haberlos realizado.

Apuntes para
un estudio
médico-topográfico
de la Comarca

POR
RAFAEL
MAZUECOS

FASCICULO XLVII

Ofrenda

Pongo con emoción este libro en manos de los alcazareños por las hipótesis de transcendencia histórica que se contienen en él y que a mi juicio encierran la clave de todos los enigmas que hasta ahora han debatido entre sí los aficionados a nuestra historia, perdidos en detalles inconexos y desligados, sin llegar a constituir un motivo de trabajo fundamental y ordenado.

Rara será la publicación alcazareña en que no se haya hablado de las inscripciones halladas en el Ayuntamiento, siempre con dudas, con sorpresa y como imbuídos en el misterio impenetrable, pero nadie ha pensado en el motivo de la obra donde se estamparon las inscripciones.

Mirando al Ayuntamiento todos los placers han exclamado alguna vez:

Cualquiera sabe lo que podrá ser esto y para que lo harían ¿Y por qué le pondrían esa torre?, refiriéndose a la del reloj.

Las obras sucesivas fueron oscureciendo el problema de la identificación de la torre que, ahora, despojada de sus agregaciones aparece su verdad y nos confiesa su identificación. La máscara se ha quitado el antifáz y nos sorprende con la más clara de las fisonomías amigas y dan ganas de decirle:

— ¡Anda con Dios amiga! que cualquiera te conocía ni podía pensar que fueras tan de la familia.

Esta concepción marca un punto de partida, una orientación para el trabajo seguro que debe realizarse: lo primero la fortaleza, lo segundo sus pobladores, lo tercero las posibilidades de su vida en todos los órdenes y su evolución en el tiempo.

El Ayuntamiento que tantas dudas admirativas despertó en los placers, era una parte del castillo, su torre vigía más separada del palacio y de la fortaleza a que pertenecía, la atalaya que vigila la campiña a distancia, por donde pueden aparecer de repente los guerreros de la otra orilla sobre los cerros que mandan sus aguas al mismo arroyo y en los que se formó al fin el pueblo nuevo con muy buen sentido e indiscutible acierto, todo lo contrario de lo realizado últimamente, era el muro de protección de la agrupación humana cuyo vivir nos interesa aclarar por contener en germen nuestra propia vida.

HOMBRES, LUGARES Y COSAS DE LA MANCHA

Apuntes para un estudio médico - topográfico de la Comarca

POR

RAFAEL MAZUECOS

Los Santos, 1980

PUBLICACIONES DE LA
FUNDACION MAZUECOS
ALCAZAR DE SAN JUAN

Fascículo, XLVII

INDICE

Portada
Sobre el libro 50
Contraportada 1. ^a
Ofrenda
Página 2
Miscelánea Ferroviaria
Página 5
El Ayuntamiento viejo
Página 8
Vistas Alcazareñas
Página 11
Y la juz fue hecha
Página 13
La Real Sociedad Económica de amigos del País
Página 18
El Maestrillo de la Alameda
Página 20
¡Caramba con Eduardo!
Página 22
Antiguo Bullir Alcazareño
Página 27
Grupo Escolar
Página 29
La Imprenta
Página 30
Escuelantes de San Francisco
Página 33
La Cuna de Cervantes
Página 34
La pintura de Pintafrailles
Página 35
Presuntuosidad de nombres
Página 39
Fechas memorables
Página 41
Aportaciones heterogéneas
Página 44
Viajes a carro parado con bota y merienda
Contraportada 2. ^a
Discreteos elocuentes



Esta es la Aniceta de Pío, la misma que figura en la contraportada del libro 43, solo que mucho más granada, cuando ya iba avanzada la crianza.

Hay una identidad perfecta entre todos los elementos representados por la estampa, pero que confluyen en ella y la muestran como el fruto sazonado de la cosecha. La tierra, calcinada, da relieve a las cepas que muestran ya el declinar de su verdor. La mula, fornida y mansa, pronta a vibrar con el menor estímulo. El zagalillo muy ufano de sentirse hombrecillo y la madre repretada y pensativa que mira hacia el corte calculando la carga.

En tan reducidos elementos está todo el esplendor de que son capaces nuestros campos y todo el afán que es menester para hacerle de producir a la tierra seca que, no obstante, da esos frutos tan azucarados, tan jugosos y tan espléndidos.

MISCELANIA FERROVIARIA

Todo lo de la estación es digno de perpetuarse en Alcázar por la importancia que ha de tener y tiene ya, en su historia contemporánea y en la de los alcazareños.

Quienes recuerden la llegada de los mixtos no podrán menos de emocionarse con la entrada de este tren en el andén de este lado, tercero de ahora, cuando aún no estaba numerado ni lo necesitaba.

Viene muy alegre, revestido de banderas y gallardetes, achaque común de viejos cuando ante la arrogancia juvenil se deciden a echar un baile sin poder tenerse y provocan la ovación de la concurrencia.

— ¡Ahí, lo tenéis!, dicen algunos, que todavía gallea.

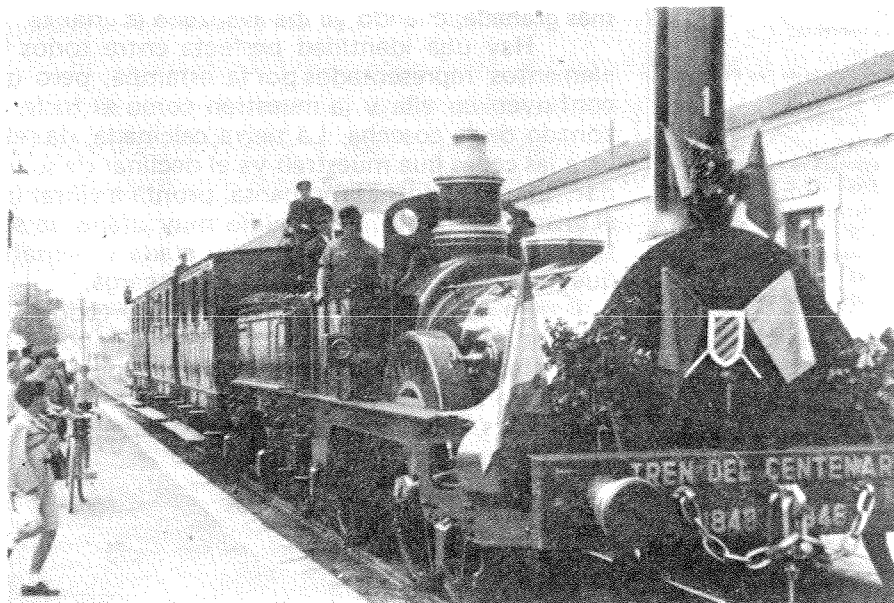
Y efectivamente, el pollo baila pero arrastrando las alas, como el arriscado Don Hilarión, echando de menos los veinte años y el vigor que se perdió.

¿Que la máquina parece una chocolatera casera?. Pues es posible, pero hay que ver lo bueno que hacía el chocolate, lo rico que estaba y lo bien que sentaba con tortas de Alcázar. Y a ver qué maquinista se sube a la máquina chulamente, de sombrero hongo, pundonor y lo que es menester, como ese que va ahí, orondo y flamenco como Casitas, que era adicto incondicional del hongo y parecía que se le inflaba cuando le decían Don Antonio. Pues este maquinista es también de los que se llenan de gas y el que está detrás con la gorra reglamentaria, es Jesús Martínez, el de la Antonia María la costurera de la calle de los Muertos.

* * *

En relación con la obra de las escuelas ferroviarias, recordadas y comentadas en el libro anterior, nos habla Antonio Fernández de la emoción que le causa aquella evocación.

Antonio es el más chico de los Barateros, hijo de Juanete y de la Baratera, hermano de Milagros y de Jesús, como debe decirse por lo claro para que se sepa su buen fondo y su facilidad para el entusiasmo y la jarana, aunque Antonio resultó el menos bailarín y el más sentimental, con una fluida inspiración que le permite dedicar un canto poético a cualquier ventanillo o portallá alcazareños.



Con melancolía recuerda que toda la piedra de ese edificio la sacaron ellos, con su padre al frente que era un gran entendido en canteras.

La piedra se sacó toda de la cantera de los Quínicas que estaba a este lado de Valcargao, frente a la gabina de la Cresta. La cantera la tenían Colilla y el Quero, pero Don Felipe Jiménez buscó a Juanete porque un hermano suyo era el contratista y ambos procedían de la Osa de la Vega.

Recuerda con sentimiento que cuando se terminaron las escuelas les hicieron una gran merienda a los albañiles, canteros y demás operarios y se retrataron toda la patulea, pero el que le dieron a Juanete desapareció de su casa. Y no es poco que gracias al emocionado interés de Antonio Fernández podamos puntualizar estos detalles fundamentales de una obra que tuvo especial importancia en la vida alcazareña.



Este grupo de Pozo, puesto que Pozo es la figura más ostensible en él, está hecho en el depósito al pie de la máquina 240-2497, con todo el personal de la Inspección y algunos factores de la estación.

Pozo es uno de los muchos alcazareños ligados al carril de por vida, que pueden haber nacido en cualquier estación de la red pero que como no se

cortaron el ombligo siguieron unidos a Alcázar y lo seguirán hasta su muerte aunque tampoco se mueran aquí.

No todos alcanzan los últimos grados en los escalafones, pero desde Don Juan de Dios Raboso y Ezequiel Racionero, la estación de Atocha ha estado casi siempre regida por alcazareños y aunque no hayan estado allí son muchos los que han capitaneado las inspecciones y Andrés Pozo García es uno de los que haciendo compatibles el trabajo con el estudio, mejoraron notablemente su posición.

Los que figuran en el grupo, de izquierda a derecha, todos muy conocidos, son los siguientes.—

De pie, y de izquierda a derecha: Agustín de Miguel, Mozo Ilustrado; Hermenegildo Tejado, Mozo Ordenanza; Enrique Agudo Romero, Jefatura (Madrid); Manuel Carretero Morollón, Jefatura (Madrid); Joaquín Capdevila Arráez, Factor; José Reyes Conesa, Jefe de Estación; Emilio Marcos de León, Jefatura (Madrid); Antonio Ruiz Caro, Jefe de Estación (Jubilado); Ramón Meco Jiménez, Inspector Tráfico (Jubilado); Antonio Caballero de Silva, Inspector Tráfico (Jubilado); Andrés Pozo García, Inspector (Jubilado); Ernesto Sánchez Nicolás, Factor (Murcia); Juan Auión, Jefe Negociado en la Inspección; Ilegible. Fila de abajo: Enrique Botía, Oficial de Oficinas; Luis Carrero, Factor (Fallecido); Orfelio Germán León, Oficial de Oficinas; Rafael Godoy (Gerada), Factor (Fallecido); Fulgencio López, Factor.

CRISFEL

Domingo 23 de febrero de 1947
A LAS 12'30 DE LA MAÑANA

GRAN FUNCION INFANTIL

POR LOS NIÑOS DEL
CUADRO ARTISTICO DEL GRUPO ESCOLAR
FERROVIARIO

Que pondrán en escena, las magníficas obras:

"LA OVEJA PERDIDA"

Original de D. JUAN REDONDO y Música de TABOADA, con el siguiente reparto:

Rosa. MARCELA APARICIO
Martina. Milagros Valcuende
Lorenzo. Valentín Valcuende
D. Silvestre Ramón Escribano
D. Damián. ANGEL PINARDO
Sr. Cura Teodoro Pacheco

(GRAN CORO DE NIÑAS Y NIÑOS)

Y la original obra de D. JOSE ZAHONERO,
Música de TABOADA, en

"CANUTO SONSONETE"

(O EL VALS DE LAS ROSAS)

Representada por:

Martina. DOLORES BELLO
Carlitos. Andrés MANZANEQUE
D. Alvaro AGUSTIN HUERTAS
Laurita Maruja Sánchez
Julio. Joaquín Villajos
Teresita. Inés Muela
Pepín Gabriel Gómez

(GRAN CORO DE NIÑAS Y NIÑOS)

GrafiCAS SAIZ-Alcázar

Uno de los chicos que figuran en el refrigerio dado por las escuelas ferroviarias a los colegiales que hicieron la primera comunión el año 1947, Teodoro Pacheco, nos manda el siguiente programa acreditativo de que hubo además otros actos dignos de reseñarse, como lo hacemos con mucho gusto completando la información publicada en el libro anterior.

El hecho de que existiera en las escuelas un cuadro artístico, demuestra que se trabajaba en la enseñanza y que la fama de que gozaron era bien merecida.

El prospecto dice así:

El Ayuntamiento viejo

Cada vez celebro más haber podido reunir la gran colección de fotografías de esta obra y en ocasiones hasta me conmuevo al ver las del libro primero que es un verdadero monumento alcazareño.

La constancia me ha permitido reseñar las vicisitudes porque pasó la casa Ayuntamiento hasta su desaparición, pero hay algunos detalles anteriores a los de la primera fotografía publicada, que interesa recoger para ir completando la historia de este edificio que según vislumbro puede ser la misma historia de Alcázar. Don Enrique Manzanque dejó consignado en sus apuntes que en principio fue solo la torre lo que constituía el edificio que tenía el Ayuntamiento para celebrar sus sesiones antes del siglo XVII, no existiendo por lo tanto más local que la pequeña sala de la media naranja, sin que se sepa nada de la fecha de la construcción de dicha torre. Bien, ¿y no podría ser que la torre, donde se puso el Ayuntamiento, fuese una torre vigía de la fortaleza palacio y que después se le incorporara el armazón para poner el reloj, lo mismo que se le agregaron las obras del saliente y poniente según consta y según se aprecia en las fotografías reproducidas en esta obra?. Recuerdo que en una de las reparaciones hechas en la torre del reloj, realizada por Julio Camacho y Corona, carpinteros que compartían con el tío Laureano las obras municipales, subí allí con mi primo Pepe y no se me olvida el amplio y complicado maderamen que formaba el armazón que sostenía la chapa que la cubría, mucho más complicado y entramado que el de cualquier molino de viento funcionando.

Luego la torre del reloj fue un recrecido sobre las almenas del castillo, hecho de madera y cubierto de chapa, como la cubierta de un molino, con el exclusivo objeto de poner el reloj y con averías frecuentes que disgustaban a los gestores municipales, hasta que uno decidió quitarlo y acabar con los tejados de la casa, que de seguro no sería acabar con las goteras.

No deja de ser verosímil esta hipótesis, dado que el pueblo primitivamente estaba cortado y se acababa en el arroyo que pasaba precisamente y pasa al pie de la torre, después Ayuntamiento y ahora plaza. ¿No es también significativo a este respecto que el balcón grande del palacio se pusiera en la fachada del Ayuntamiento o torre, como de pertenecer a una misma propiedad, hasta que por viejo y peligroso lo quitó Don Antonio Castillo?

Don Enrique recuerda haber oído en su juventud que donde estaba la ermita de San Juan y se hizo el cementerio del mismo nombre, hubo otra torre. Este escalonamiento de las torres y la existencia de una tercera llamada el cubillo o polvorín más allá del torreón actual, incluida en una casa, dan muchos caracteres de verosimilitud a la hipótesis del ilustre investigador

Don Manuel Corchado Soriano, de que Alcázar estuvo doblemente amurallado en la antigüedad, hipótesis en la que yo estaba obligado a colaborar, sin que basten a justificarme ni la falta de tiempo ni lo adverso de las circunstancias, pero cabe pensar que dado este perímetro ya limitado por estas torres, que estuviera todo el pueblo primitivo comprendido dentro del recinto y la propia iglesia de Santa María cuyos secretos permanecen mudos hasta hoy, pero son muchas coincidencias, el torreón, la torre del cementerio, la torre del Ayuntamiento, la torrecilla, la torre del Cid, las piedras de Zamora, el pozo Cardona, nombres todos tradicionales, expresivos y de un mismo y claro origen que no puede ser otro que el amurallamiento de la fortaleza que protegía a los pobladores y que nos da ahora, después de tantas dudas, como dibujado todo el recinto.

Nadie se explica la existencia de aquel Ayuntamiento pero el que fuera primitivamente una de las torres del castillo lo justificaría plenamente, incluso por su situación porque todo castillo o fortaleza necesitaba vigilar a distancia su contorno para prevenirse o repeler los ataques del adversario y esa pudo ser la misión de esta torre y el motivo de construirla, como lo sería la otra construída donde se hizo el cementerio junto a la placeta, descubierto o patio de armas del castillo que debía serlo el lugar llamado ahora placeta de Palacio. El recinto amurallado pudo ir de la torre Ayuntamiento a la Torrecilla, a la Torre del Cid y por las piedras de Zamora, dejando fuera todos los caminos de tránsito, la comunicación con el castillo de Cervera, las Veguillas, las huertas del Praíllo y la hondonada de las salitrerías. Deslumbra pensar lo que hubiera sido el pueblo y su abolengo con el Ayuntamiento instalado en el Palacio y la plaza en sus grandes patios en lugar de dejarlo todo desaparecer, pero nadie se interesó, como cuando se descubrieron los mosaicos romanos y se vendía todo aquel terreno como campo y se podían haber continuado las excavaciones.

Sigue Don Enrique informando que la escalera para subir a la sala estaba unida a la parte afuera del muro del mediodía y se entraba en el edificio por la puerta que daba al norte, (la del cuarto del peso). Daba paso a la escalera un arco de mérito que existía lodado en el expresado muro del mediodía.

Necesitando ampliar las Casas Consistoriales que solo se componían de tan reducida sala que era insuficiente hasta para celebrar las sesiones, en el año 1602, solicitó el Ayuntamiento autorización para hacer las obras necesarias y una vez autorizadas se construyeron dos salones laterales a la torre y el que mira al mediodía.

La entrada y la escalera siguieron en los mismos puntos, con la única variación esta última, que en vez de desembocar a la izquierda, en la sala de la media naranja, lo hacía a la derecha, o sea en el vestíbulo, siendo muy oscura y áspera a consecuencia de un murallón que había donde estaban las columnas que sostenían el tejado.

Estas obras se ejecutaron bajo la dirección de los maestros aparejadores Sebastián Fernández y Lorenzo Enriquez, siendo Alcaldes del estado noble Don Andrés de Valdivieso y del Llano Don Francisco D'fáz Maroto y los recursos con que se pagaron fueron el importe del aprovechamiento de los terrenos de pastos para cuya cobranza se autorizó al Ayuntamiento. La fecha quedó grabada en el anillo de la media naranja con otros testimonios memorables de la Villa, como la relación de regidores, la estampa de la Virgen de la Concepción, patrona de la localidad y el retrato del infante Don Gabriel como bienhechor de la misma, cada uno con sus relaciones explicativas, como se ha referido por todos los aficionados.

De esta obra quedaron los portales de las fachadas del saliente y del poniente, la de Leña y la del Catre, visibles en la fotografía del libro primero y citados en diferentes documentos reseñados.

Desde 1626 continuó el edificio en el mismo estado, sin hacerse reforma alguna hasta el año 1890 en el que siendo Alcalde don Antonio Castillo Ayala, construyó una gran escalera que transformó y mejoró notablemente la casa, desapareciendo la muy oscura e incomoda que antes había, poniendo la puerta de entrada en la fachada del mediodía en vez de la del norte que la tenía antes, aparte de reparar el capitel de la torre del reloj que estaba destechado y poner un reloj nuevo que fue de Canseco, el famoso relojero de la plaza del Angel de Madrid, cerramiento de los portales antes aludidos, poniéndoles rejas y ventanas y destinándolos a oficinas. Construcción de las monumentales puertas de calle que se pusieron en la nueva entrada de la fachada del mediodía. Construcción de una nueva escalera para subir a la torre del reloj, poner el balcón central de la fachada del mediodía en sustitución del otro muy largo, viejo e inseguro, pero que procedía del palacio, reposición del mobiliario y las numerosas obras que acreditaron a don Antonio Castillo como el mejor Alcalde habido en la Villa.

Con un poco de imaginación se ve la muralla que rodea todo el castillo, a partir del Torreón actual, y el cubillo que están ahí, torre del cementerio, ignorantemente tirada, torre-ayuntamiento también demolida caprichosamente muralla hasta la torrecilla igualmente desaparecida, bordeando el camino para el castillo de Cervera, camino tenido por calzada romana por Don Manuel Corchado, siguiendo por la Torre del Cid, piedras de Zamora y pozo Cardona para enlazar con la vertiente de palacio hacia su veguilla al otro lado del Cubillo y dejar protegido todo el pueblo antiguo, con la iglesia, o lo que fuera, dentro de la fortaleza. Fortaleza y Palacio de tanta importancia sin duda, que llegó a darle nombre a la Villa, como a Piédrola se lo dieron las pedrizas, a Villacentenos los sembrados y a la Alameda los álamos.

Detalle para no echar en olvido son las tumbas de que hablaba Heliodoro descubiertas al hacerse la balsa del Andaluz, es decir, fuera ya de la muralla del cubillo, cuyas piedras han rodado por allí mucho tiempo y que es raro pasaran en silencio dadas la agudeza y la claridad mental de don Miguel.

Cuando se quitó la torre del reloj y se hicieron las azoteas quedó claro que aquella era un artilugio de madera añadido a la torre y que la construcción consistía en una torre central, la torre vigía del castillo y otras construcciones adosadas a sus paredes de dentro, de lo que fue recinto amurallado, por necesidad de los servicios instalados en la torre que lo eran los propios del Ayuntamiento, siendo la única fachada a la que no se adosó obra nueva la del norte que daba fuera del recinto del castillo, es decir, al arroyo. Otro detalle importante es que la piedra del Ayuntamiento era igual a la que tenía el torreón que existe e idéntico el estilo de la obra que figura en la fotografía, única, de la portada del libro primero.

VISTAS ALCAZAREÑAS

Como Alcázar y Madrid se encuentran tan a mano y tan enlazados con la vía, es raro que los acontecimientos madrileños no tengan repercusión en Alcázar por lo que ya es extraño que no tenga un campo de aviación en regla, cosa de la que se habló mucho durante nuestra guerra y desde bastante antes, como demuestra la nota publicada en el libro segundo y estas de hoy que son bien demostrativas de la espectación despertada por la llegada de los primeros aviadores.

Esta fotografía es clara y fácil, el Ayuntamiento, Santa Quiteria y la Trinidad sobresaliendo de los tejados según estuvieron siempre. Clarísima la placeta de Palacio, el corral de Cañizares, descubierto espléndido que dió nombradía a su dueño y fue refugio de todos los espectáculos multitudinarios que venían al pueblo, sobre todo en época de ferias, toros, titeres, verbenas, en el que adquirió su popularidad Trino en sus papeles de payaso tan entrañable que al fin se quedó con nosotros. En el corral está también su bodega y a continuación la del tuerto el jabonero, el templado alcalde de su tiempo, Andrés Mazuecos, la carretera de Herencia, la casa de Marchante el de las maderas y la obra de las escuelas de la carretera enfrente de la calle del Arroyo y aunque un poco escondida la posada de la Cayetana en la plaza pegada a la casa de la Tercia. No está hecha la tienda chica. Se ve la fachada lateral del casino y una parte de su patio frente a la barbería de Parra y el principio de la calle de Santa María, la casa de Mitaíllas, de Escribano el albañil y de



Félix el zapatero, frente a las Laureanas y el hospitalillo que se ve un poco, pero la placeta de primer término, que lo es la de Palacio, con tantos visos de aldeana, encierra el secreto de toda nuestra historia, pero no como recuerdo, sino como realidad que tiene enterrada en sus entrañas, pues dado el carácter dejadizo de nuestra manera de ser, es seguro que lo hundido del palacio y del castillo, columnas, estatuas, escaleras, pisos, cuevas y cimientos de sus murallas, se encuentran enterrados en su suelo, esperando, como Lázaro, la mano amiga que lo levante y lo ponga a la luz del mundo para el general conocimiento. Desde los terronteros que había más allá de la portada de Chavicos que debieron formarse con los escombros de la torre hundida en el cementerio, hacia la casa de la Minayera y de la Frasca, el cubillo o polvorín y a este lado y por detrás también las cuevas con chimeneas a la altura del suelo habitadas como silos, las de la Bolera, la Malrasca, etc., son testigos mudos y acusaciones permanentes de nuestra desidia, sin perjuicio de las arrogancias que se aprecian muchas veces sin ninguna causa.

Interesante fotografía, sin que sean menos estas otras del día que vinieron los aviadores donde se ven las tiendas de campaña de los soldados de ingenieros que se destacaron para esperar y ayudar a los aviadores en lo que necesitaran.



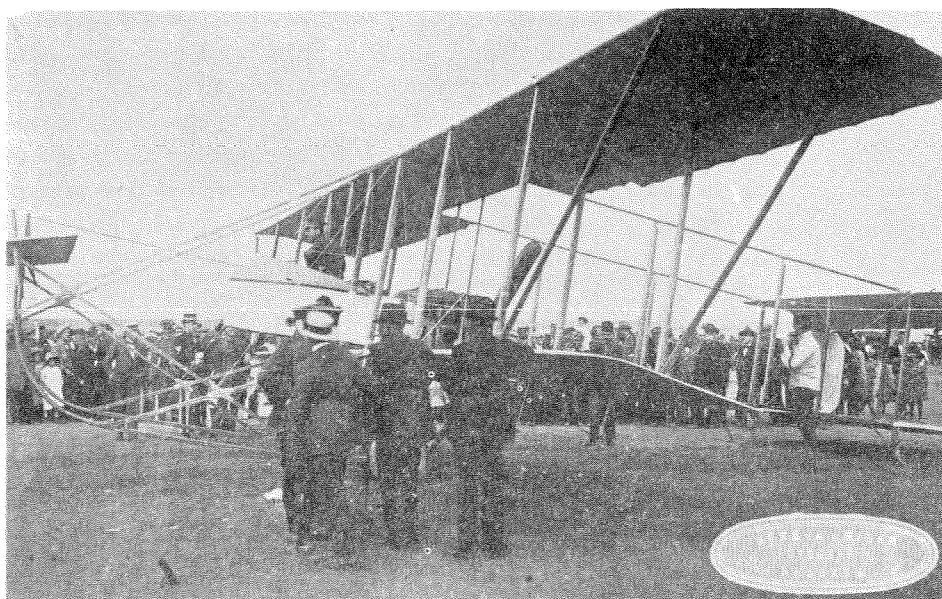


Las fotografías están tomadas desde las eras del Santo cuyas pairetas se ven reparadas recientemente, en una de las cuales está sentado Rogelio Milán que vino como soldado, uno de los cuñados de Huertas el relojero que hizo esta fotografía.

Parecía que las fotografías se habrían hecho en la Veguilla misma, lugar del aterrizaje donde se ve a Estrella y otros señores saludando a los aviadores pero no puede ser así porque de estar hecha la fotografía desde la Veguilla sería imposible que la fábrica de sopa estuviera entre el Torreón y el Ayuntamiento porque quedaría a la espalda del fotógrafo y en cambio desde la altura del Santo y enfocando al cerro se la coge en primer término y el Ayuntamiento en lo más lejano como se ve.

Los señores del grupo que conversan con los del aparato, están todos de espaldas y solo se conoce a Estrella que es inconfundible se ponga como se ponga y se vista como sea.

Es sin embargo apreciable entre la gente acordonada, el ros y el gorro de los soldados, el empaque de la Guardia Civil, la abundancia de sombreros de paja propios de la canícula, porque nadie iba descubierto y además la abundancia de lazos de corbata y camisas planchadas, como era de rigor, hasta el alguacil del Ayuntamiento tiene su lazo y su camisa blanca. El piso con abundancia de lastón y se ve que señalizado para este objeto.



Y la luz fue hecha

El recuerdo de la afirmación de D. Enrique Manzanque sobre que el Ayuntamiento fue en principio la torre únicamente, ha arrojado mucha luz sobre la historia local y ha permitido ver con claridad algunos de sus aspectos que con esa base parecen de los más notables. Ha sido como la chispa que salta al golpear el eslabón contra el pedernal y prende la yesca. Todo estaba ahí, pero todos estábamos ciegos para verlo y nadie lo hacía de accionar para que saltara la llama y prendiera el "chisque".

Que gran dolor ahora de que la ignorancia hiciera desaparecer el edificio. Y que gran pesar de que la estulticia más absurda pueda prevalecer, incluso democráticamente como pasó con el arco, y borrar los rasgos esenciales de la vida de un pueblo, deslumbrada por un espíritu de inexplicable modernidad. Que pena tan grande y mayor de que todos fueron amigos míos y algunos desde la escuela. ¿Cómo estaría yo para no darme cuenta hasta que ya lo habían tirado?. Pero no se lo perdono y ahora, con esta concepción nueva de la obra, que la estimo como la única real y valorable para reconstruir la historia alcazareña, mucho menos, porque cuando desaparezcamos media docena de fantasmas vivientes, no habrá nadie que lo haya conocido y pueda recordarlo, solo las fotografías de esta obra y solo las interpretaciones de su significación que quedarán fijas para siempre: El Ayuntamiento fue una torre del castillo, como el torreón y el cubillo todavía presentes y acredita la importancia de la fortaleza y el abandono y el desamor con que se han tratado siempre todas las cosas históricas de la Villa, pero no se olvide que el Ayuntamiento fue torre del castillo y es asombroso no haberse dado cuenta entre todos cuando tan claro se comprende que no podía ser otra cosa ni haberse construido con otro motivo.

Todo el que estuviera en aquel edificio y recuerde la distribución de sus dependencias, se acordará de sus estrechuras. Y, sin eso, cualquier observador se sorprendería de que se pudiera hacer aquel edificio y menos para Ayuntamiento. Relacionado con el castillo y considerado como una de sus torres, que es lo cierto aunque Don Enrique no lo pensara, la cosa queda muy clara y lógica y certera su construcción, aunque sus posteriores aplicaciones y aditamentos, todas claras y justificadas, la desfiguraran hasta el punto que nadie la identificara con las demás torres, siendo todas iguales, por haberse acostumbrado todo el mundo a ver el edificio en conjunto y olvidar la torre que le servía de centro y la tuvo en su corazón toda la vida, aunque no deja de ser tampoco muestra de la despreocupación alcazareña el que nadie consignara el parecido con las demás torres del castillo a lo largo de los años, porque de no ser torre vigía del castillo, ¿para qué se iba a hacer esa fortaleza que, desaparecida la muralla, quedó aislada, como un hito, en la parte más distante del palacio?.

La fotografía de cuando se quitaron los tejados y se hicieron azoteas, que lo hizo Don Marto y no dijo ni pío de sus observaciones si es que realizó

algunas, nos muestra el Ayuntamiento por la fachada del norte y está publicada en el libro once, como la del derribo lo está en el dos y están clarísimas las dos partes, la torre completamente igual al torreón antes de restaurarlo y lo que se agregó a los lados, con una gran diferencia de alturas y una desarmonía total del conjunto del edificio con todo lo de la plaza, como hechos en tiempos muy diferentes y con necesidades muy distintas.

En la fotografía del cuadro de Leoncio Sáiz del libro primero, están en línea la torre del Ayuntamiento y el torreón y quitando la torre de la campana del reloj, que se despega mucho de todo lo demás, se ve que los torreones son iguales, hermanos gemelos.

En las mismas fotografías se puede comprobar lo asimétrico del edificio con todo lo de su contorno. El Ayuntamiento, la torre vigía, estaba en línea con el arroyo y con el camino a cuyas alineaciones tuvieron que acoplarse las agregaciones posteriores, dejando el conjunto del edificio en desarmonía con todo lo demás, oblicuo a la iglesia, como de estar hecho antes y oblicuo al rincón del teatro y a la antigua casa de la Gobernación. La torre estaba en línea con sus propias paredes, la que venía del palacio y la que iba a la torrecilla. Y las demás construcciones sanjuanistas de la casa de la Gobernación y la Tercia no guardaron la línea del camino porque sus pensamientos y sus necesidades eran muy diferentes y la torre del Ayuntamiento se hizo en la esquina y fuerte, como tope y contención de los adversarios llegados por este lado.

Todo el que conoce la plaza sabe que desde la esquina del juzgado la pared seguía una línea tan oblicua que parecía que se iba a entrar en la pescadería del Corneta y de prolongarse se hubiera entrado antes de llegar a la taberna del Viejo, tal era su inclinación, pero esa oblicuidad estaba impuesta por la línea de la fachada norte, que era la puerta de entrada al Ayuntamiento primitivamente, cuando lo formaba la torre sola y cuando antes la torre era, con anterioridad, el punto de choque de la fortaleza con los elementos exteriores.

Don Enrique se adolece de la falta de documentación fidedigna para fundamentar los juicios y no solo del Ayuntamiento sino del castillo y del palacio.

Brindo a la juventud estudiosa esta idea tan sugestiva que me atrevo a calificar de luminosa, hija de la observación atenta y de un profundo sentido de las cosas, como pasa siempre, la casualidad, pero la casualidad surgida de la tensión constante y el esfuerzo continuo, el eureka de la cuestión como diría Heliodoro Sánchez. Don Enrique dice y dice bien, que el Ayuntamiento fue la torre sola al principio, pero la torre ¿para qué y por qué?. El motivo es claro y la razón concluyente en la historia de Alcázar y es que la torre lo fuera del castillo y que precisamente por utilizarla como residencia el Ayuntamiento, sobrevivió a las demás construcciones, como le pasó al torreón con utilizarlo como campanario y habitación del cielo y del gorrino de San Antón.

La Real Sociedad Económica de Amigos del País de Alcázar de San Juan

A Moisés Mata Maderuelo reconociendo sus inquietudes y su preocupación por la prosperidad de la Villa.

Los numerosos, enmarañados e imprecisos relatos que tenemos publicados sobre la vida de Alcázar en la antigüedad, sus instituciones, corporaciones o actuaciones poco conocidos, pueden resultar favorecidos con esta relación que hemos conocido por la indicación del ilustre médico alicantino Don José Riquelme Sala, investigador incansable y agudo observador de cuanto pueda resultar útil para el conocimiento de nuestra Historia.

El trabajo, con el mismo encabezamiento que ahora este, figura en el "Boletín del Centro de Estudios Históricos del siglo XVIII de la Cátedra Feijoo de la Universidad de Oviedo" y lo firma Don Leandro Higuera del Pino, ordenado, claro y concreto.

Las sociedades económicas de amigos del país todas tienen el mismo origen y obedecen a los mismos motivos que tal vez no resolvieron ninguna vez, como ha pasado y pasa con tantísimas juntas o sociedades, pero lo raro es que hubiera en Alcázar una.

Con anterioridad a la nuestra se habían constituido en Ciudad Real, Valdepeñas y La Solana y en la capital con su casa de caridad. La nuestra se constituyó con cierta celeridad, sin ninguna dilación por las noticias repetidas que llegaban al gran Prior de la decadencia de la Villa y le indujeron a formarla sin esperar peticiones de los súbditos ni hacerles consultas. En otros pueblos de nuestro partido

se habían constituido otras entidades como el Monte Pío de Labradores de Consuegra y fábricas de seda en Herencia y Villacañas.

Los trámites para la aprobación de sus estatutos fueron tan rápidos por haber sido elaborados por los propios allegados al Conde de Floridablanca y el propio Conde pasaba al Condejo de Castilla el 2 de Febrero de 1786 las ordenanzas para su estudio y aprobación definitiva del Rey el 22 de Octubre del mismo año.

A juicio del Sr. Higuera, el "Gran Prior" deseaba que las autoridades civiles y eclesiásticas del partido fuesen directamente responsables en el programa de reformas que proponía, sentido en el cual se dirigió a su gobernador del Priorato, al Ayuntamiento de la Villa, a los jueces, párrocos, cabildos eclesiásticos, comunidades religiosas y vecinos de Alcázar, proponiendo el establecimiento de una Junta que a la vez mirase por una mas racional y eficaz beneficencia, fomentase la agricultura, la industria y el comercio desarraigando los vicios, plantando santas costumbres y contribuyendo al florecimiento general de la Villa.

Explica el señor Higuera

que la Junta se componía del propio Gran Prior y protector, el Infante Don Gabriel de Borbón, como presidente, el Gobernador del Priorato, como representante suyo, el Vicario del Arzobispado de Toledo, los dos párrocos priores de Santa María y Santa Quiteria, el Regidor Decano del Ayuntamiento, el Síndico general del común, los dos fiscales, tanto el eclesiástico como el real y dos vecinos del pueblo elegidos por la Junta entre los más distinguidos de la Villa. El Vicario de la dignidad prioral, aunque residente en Consuegra, era miembro nato de la Junta a la que podía asistir cuando se encontrase en Alcázar.

El día 1 de Enero de 1787, el Vicario eclesiástico de Alcázar, escribía a la curia diocesana de Toledo para comunicar el optimismo que reinaba en el pueblo por este nuevo establecimiento.

En acción de gracias a Dios Ntro. Señor y para manifestar y publicar a estas gentes este nuevo establecimiento (a que se da principio desde hoy, primer día del año) y que todos sin distinción de clases contribuyan a que tenga su debido efecto tan piadosa e importante obra, se ha celebrado en el tercer día de Pascua, en la parroquia de Sta. Quiteria, una función de Iglesia con misa y sermón, estando S. M. presente en toda la misa (a cuyo fin se me pasó el correspondiente oficio y en atención a las circunstancias que concurrían y que no había tiempo para pedir licencia a S. E. no tuve reparo en permitirlo). Han asistido a esta función los tribunales, comunidades, cabildos eclesiásticos, cuerpo de milicias, todos los individuos de la Junta, doce pobres que vistió la misma Junta, dándoles también a cada uno cuatro reales para

que comiesen en aquel día y todo el pueblo, de forma que no he visto ni puede darse mayor concurso en él. He cantado yo la misa habiendo hecho de diácono el prior de Santa María y de subdiácono el promotor fiscal interino y de orador el prior de Santa Quiteria, todos individuos de la Junta y habiendo asistido así mismo al altar de mi orden, todos los ordenados de ambas parroquias.

Concluída la misa, se cantó el Te Deum y por último a su seguida se restituyó y llevó procesionalmente con concurso de todo el pueblo (a que acompañé yo de capa) la Virgen de los Angeles al Santo Hospital de la misma advocación en que está colocada y se venera dicha santa imagen, patrona del mismo hospital y patrona también que se ha nombrado de esta Junta de Caridad por todos sus individuos con cuyo motivo se ha trasladado a la expresada iglesia de Santa Quiteria, para que como patrona estuviera presente en dicha función. De modo que todo se ha procurado hacer con la mayor solemnidad y con efecto se ha logrado así con concurso, aceptación y contento de todo el pueblo".

Este apartado termina con una llamada que dice: "Alcázar 1 de Enero de 1787. Del Vicario a la Secretaría de Cámara del Arzobispado de Toledo. Archivo Diocesano de Toledo. Fondo Lorenzana. Sección "Casas de

Caridad", leg. 2, sin ordenar. Advertimos que toda la documentación y citas que se hacen se refieren siempre a esta fuente documental.

En el tercer apartado de su trabajo el Sr. Higuera trata de las juntas y dificultades y de como se celebraron en el mismo Ayuntamiento ante la imposibilidad de encontrar local especial y en tanto se preparaba el definitivo edificio donde radicase la institución.

Presidió las Juntas el gobernador y teniente vicario del Gran Priorato, procediéndose a la creación de los siguientes cargos: Mayordomo o tesorero de caudales y fondos, pedidores encargados de recabar limosnas por los barrios de aquellos que espontáneamente habían ofrecido su colaboración económica, pues se prohibía expresamente por las Ordenanzas toda colecta de puerta en puerta. Se designaron dieciseis diputados de barrio (4 eclesiásticos y 12 seglares), cuatro por cada barrio de los cuatro en que fue dividido el pueblo. Las funciones de estos visitadores eran examinar las auténticas y verdaderas necesidades de los vecinos y ponerlas en conocimiento de la Junta, para que acuerde su socorro y cuide de que se destierre la necesidad y que estos vecinos se apliquen al trabajo e industria, requiriéndoles para que tomen destino u ocupación honesta, no teniéndola, dando de todo cuenta a la Junta, la que en caso necesario pasará el correspondiente oficio a este gobernador para que los destine con arreglo a la Real Ordenanza de vagos y al mismo fin para que no aleguen excusas. La misma Junta les proporcionará trabajo en que se empleen y trabajen, como en efecto en la última que se ha hecho se han pensado y pro-

yectado algunas que al mismo tiempo sirvan de utilidad y de adelantamiento en este dicho pueblo.

La duplicidad de funciones entre el Arzobispo y el Gran Prior creó no pocos inconvenientes pero las constituciones propugnaban una serie de medidas encaminadas a desterrar la mendicidad y la ociosidad del pueblo, fomentando la agricultura y señalando como uno de los medios concretos para favorecer esta, la creación de un Monte Pío de labradores a semejanza del que funciona en Consuegra con óptimos resultados.

Se quería trazar un amplio plan de repoblación forestal, principalmente de moreras, para el aprovechamiento de la seda en manufacturas de este género, tal y como se estaba haciendo en Herencia y en Villacañas.

La promoción de la agricultura debería desembocar en un desarrollo de la industria y del comercio, sin lo que el pueblo más agrícola jamás vendrá a ser rico, decía Don Miguel Cuber, secretario del Infante Don Gabriel al Cardenal Lorenzana desde San Lorenzo del Escorial el 1 de Enero de 1786.

El analfabetismo era otro motivo de preocupación a pesar de la escasez de medios y las dificultades árdas que vencer, pero la Junta debería facilitar la creación de escuelas primarias, sufragar los

gastos y persuadir a los padres de que mandaran a sus hijos a ellas. Se creó una escuela de niños y otra de niñas y el Vicario diocesano Don José Pérez García informaba al Arzobispado de Toledo, diciendo: "Ultimamente se han creado así mismo los demás oficios que provienen de ordenanzas y al instante se van a poner también en el un maestro de niños y una maestra de niñas en quienes concurren las cualidades necesarias para este encargo y desempeño con el buen fin de atender a la crianza y buenas inclinaciones, costumbres y progresos, mayormente en la Villa, en que se advierte mucha necesidad en punto a educación, costumbres e instrucción en la doctrina cristiana.

La euforia de los componentes de la Junta dice el Sr. Higuera, se extendió muy pronto a otros sectores del pueblo, hasta el punto que los P.P. Trinitarios quieren también renovar intelectualmente su convento con la creación de un centro de estudios eclesiásticos para capacitar a los novicios y a cuantos aspiren a la carrera sacerdotal.

Existía otro problema inaplazable con los mendigos y enfermos, que eran muy numerosos, unos verdaderos y otros falsos pero que no eran fáciles de diferenciar, motivo por el cual las ordenanzas establecieron una serie de celadores de barrio para conocer las verdaderas necesidades, un certificado médico para atender a los verdaderos enfermos y una atención preferente a los necesitados de la Villa y su término para evitar el abuso de los forasteros.

Había en Alcázar dos hospitales, uno en cada parroquia, pero fueron reunidos en uno bajo el título de Ntra. Sra. de los Angeles, ante la decadencia de las rentas de ambos.

Para el sostenimiento de este centro asistencial se asignaron las fincas, rentas y emolumentos que poseían los dos, los fondos del llamado pósito de gobernación, algunas limosnas en especie que correspondían al Infante-Prior en calidad de tercias, deudas atrasadas de dichos capitales, limosnas y ofrendas voluntarias de los vecinos y cuestaciones públicas que debían

hacerse los martes y los jueves y un fondo importante que podían constituir las memorias y fundaciones pías que había en las dos parroquias y las cofradías y gremios cuyas rentas tenían unos gastos supérfluos y totalmente arbitrarios.

En cuanto a mendigos debía prohibirse la limosna callejera, excepto a los frailes mendicantes, procurando crear puestos de trabajo suficientes para impedir que el paro fuera la causa que expusieran algunos de los muchos que justificaban así su modo de vivir.

Un punto muy importante en el programa de renovación de la Villa lo constituía la higiene y la salud pública, mandándose la limpieza de las calles y del pueblo en general. Estas medidas profilácticas se ordenaban especialmente en lo referente al cuidado de los enfermos, encomendados a una familia que debía vivir en el mismo hospital y a los dos médicos de la Villa que llevarían gratuitamente la asistencia de los enfermos.

ACTIVIDAD Y DECADENCIA:

Si hemos de juzgar -dice el Sr. Higuera- la actividad de la Sociedad Económica y Junta de Caridad por los frutos que consiguió desde el primero de Enero de 1787 a finales de 1789 en que aparecen los primeros síntomas de desavenencia surgidos entre los propios componentes, hemos de concluir que estos fueron escasos y prácticamente nulos, siendo las discrepancias personales y de jurisdicción la causa de todo ello.

Y consultando por último el año 1804 al Cardenal Borbón Don Anacleto Meoro, párroco de Santa Quiteria, sobre a cual de los dos párrocos de Al-

cázar debía corresponder la obligación de asistir a los enfermos del hospital que quedaba, hacia una breve historia de aquel conato de actividad de la Junta de Caridad y Sociedad Económica a través de cuyo historial se puede inferir que apenas si sus frutos fueron ostensibles y casi ni se recordaba ya en el pueblo el nombre, atribuyéndose los pocos frutos al empeño de las autoridades y al influjo del Gran Prior. " Ya consta a V. E., decía el memorial, que en esta Villa hay dos parroquias, Santa María y Santa Quiteria. En aquella existe un hospital llamado de Nuestra Señora de los Angeles, con dotación suficiente para la continua curación de quince enfermos. En esta hubo otro cuya fundación se dirigía al mismo efecto, pero hace veinticinco o treinta años que por disposición de los señores del Ayuntamiento y aprobación del Serenísimo señor Infante Don Gabriel, se destinó para casa de labor, donde los niños se enseñaban a trabajar y no ser ociosos y los ancianos, inútiles para otros trabajos, con poca fatiga ganaban lo necesario para su sustentación sin la incómoda necesidad de mendigar. Pero aún en los mismos principios de su fundación o por otra cualquier causa, este tan útil y ventajoso establecimiento, dió en tierra y ya no ha quedado más que la memoria".

Todavía estamos por aquí algunos que hemos conocido el hospital de Nuestra Señora de los Angeles, su cinganillo, su campanilla, su Virgen y su fiesta, cuya celebración podría clasificarse al estilo alcazareño como un santo ni viejo ni nuevo, que no era tan feriado como la Virgen del Rosario ni tan insignificante como Santa Polonia que pudiera ser despachado con pan y na-

ranja para los chicos y un zurrilla para los hombres. Ni lo uno ni lo otro. De todo ello hay buenas referencias en esta obra e incluso alguna fotografía de interiores del hospital.

Si se pudieran fotografiar los recuerdos, como a lo mejor un día se hace, que al evocar una escena aparece su imagen, se podría ver ahora mismo la entrada de la calle de Santa María, como un gran salón lleno de gente y las mozas sentadas en las puertas viendo el desfile de cuantos iban a echar la limosna a la Virgen que aparecía engalanada sobre una escalinata llena de plantas florecidas. No era como un domingo viejo, no; era día de fiesta de verdad, pero con una espiritualidad íntima, de cierto recogimiento que se recuerda como localizada, circunscrita, al primer tercio de la calle y como de precepto familiar.

Es difícil darse cuenta ahora de aquel sentido de fiesta tan formal, recogido y austero. La mucha gente y los excesos de su comportamiento, impiden percibir la finura y la delicadeza de los sentimientos de quienes se congregan con un fin piadoso o caritativo y la celebran con la expansión honesta de pasear sosegadamente por los contornos donde está la imagen venerada, rindiéndole el homenaje de la compañía que es siempre el mas estimable, tanto entre los santos como entre los pecadores.

El Maestrillo de la Alameda

La Alameda es como una aldea afortunada que tuvo en sus comienzos un maestro de tantas campanillas que todavía siguen resonando con argentino son, el tío Pedro el Maestrín, por lo que no es extraño que la gente de allí aunque alcaceña o tomellosera, sepa tanta gramática, tenga tantas conchas y tanta sorna para ver correr el agua aunque el caz esté seco, porque la sienten por debajo y la Alameda se repobló entonces y se enriqueció. Ahora parece que declina, pues la gente se va y cuando el hombre huye todo se acaba porque él es el que da la vida, pero cuando estaba en todo lo alto, estos años de atrás, llegó otro Maestrillo de Alcázar en el período floreciente de los entusiasmos juveniles y *encajó tan divinamente que su labor se recordará siempre como la del tío Pedro*, aunque la Alameda se despueble, porque hasta los terrones y los cantos conservarán huellas de las plantas de don Julio. El por su parte las lleva también clavadas en su alma y no hay rasgo lamedeño ni dicho casual, en los que no encuentre patente la transcendencia de unas cualidades personales relevantes por su penetración, por su alcance, y por su precisión, propias de la observación que se apenca en una hita o en un majano y en el majestuoso silencio de la soledad está percibiendo el sordo bullir de toda la naturaleza, percepciones y observaciones que luego se traducen en expresiones sorprendentes por lo fantásticas y por lo exactas como fruto del contacto con las bestias de trabajo, con los animales de cría y con los salvajes que tienen sus razones propias, precisas e irrefutables, con el crujir de la tierra, con el tronar del cielo y con la pujanza de las plantas.

Estos lamedeños tienen un "cruce" especial que los hace distintos a nosotros, dice don Julio. No sabemos si esa idiosincrasia, les viene potenciada por un "ramalazo" de su directísimo contacto con los tomelloseros o es que su aislacionismo de lustros les ha hecho así de astutos y guasones de buena ley.

Necesitaríamos un fascículo completo o más, para relatar las múltiples y graciosas ocurrencias de nuestros pedáneos. He aquí algunas de ellas.

Había llovido mucho y el tío Félix (Félix Izquierdo) madrugó para que nadie se adelantara en el "rodal" de las setas. Se le dió bien y volvió por

el camino de los Arenales con unas alforjas llenas a reventar. Cuando estaba entrando en la aldea se encontró con otro que también iba de setas. Al ver la carga que traía el tío Félix le preguntó ... ¿donde las ha cogido usted?. Este, ni corto ni perezoso, le contestó con guasa... ¡en España!. El otro se quedó un momento pensativo y con sorna le dijo... y ese rodal ¿por donde cae, tío Félix?.

El tío Victoriano (Victoriano Roperio Izquierdo "Carabina") no encontraba gente para recoger los sarmientos. Castor Casero que se reía de su misma sombra le dijo, por qué no contratas a los gitanos que hay en el puente?.

Victoriano admitió la idea y se fue a ver a los gitanos. Llegaron a un acuerdo y aceptaron el trabajo. ¡Únicamente os pido que por favor hagáis bien las gavillas!... Como sería la cosa que cuando el tío Victoriano vió a Castor a los pocos días le dijo. ¡Oye, sabes que los gitanos han dado resultado, eso que me han hecho no son gavillas, son paquetes de pitos!.

Moisés Lizano "Pelencha", recogía un par de parvas y se estaba dándoles vueltas hasta la feria y muchas veces se juntaba con la vendimia.

Llegó a la Alameda un viajante vendiendo polvos que hacían milagros. Con estos polvos, le decía a Moisés, va a recoger Vd. tres veces más que ahora... Moisés contestó pensativo idice: Vd. que tres veces más!. Mire, entonces no los quiero... ¿Cuando voy a terminar yo de era?.

SUCEDIDOS

Venía Churrín de rodeo y se encontró a Chichín en el vaho de la Patatera con un hacha en la mano y le preguntó:

—¿Qué haces?

—Aquí que el otro día me dijo Ganchín que se había encontrado una seta que no la pudo cortar con la navaja y he echado el hacha.

—Pues que se te de bien, y arreó hacia el lugar.

Estaba la cuadrilla de zurra en casa de Aurelio el garbancero y se amodorró el Ñoño.

¿Qué hacemos con este?, se preguntaban unos a otros y la mujer de Aurelio lo cogió de un brazo y poco a poco lo acercó a su casa, diciéndole a la Reina:

—Chica, toma a este que se ha mareado un poco.

—¿Mareado?. Le dan muchos mareos de estos. Lo que tiene es una tranca que no puede con ella. Y lo metió en chirona.

(Recordado por Julio Maroto Escudero)

¡Caramba con Eduardo!

Por la participación que tuvo en la confección de la mayor parte de esta obra, llamada a perdurar en los anales alcazareños, por las preocupaciones que le originara y los esfuerzos realizados para llevarla a cabo, se considera obligado reproducir en éstas páginas la semblanza que se dedicó a Eduardo Mata Maderuelo en el momento de su muerte súbita en el mes de Mayo último.

Pitos y él fueron los dos pilares en que me apoyé más firmemente. Desaparecidos ambos cuando menos se esperaba se queda uno sin saber como guardar el equilibrio, pero no es posible retroceder y hay que seguirles aferrado a su recuerdo hasta el final de la jornada. No por muertos les vamos a abandonar. Lo que sea de uno será de todos y las generaciones futuras tendrán noticia por lo que valiere de quienes se esforzaron por dejarles rayos de luz que amortigüen las tinieblas de su camino y sobre todo ejemplo de buena fe, de confianza y de generosidad en la maniobra.

Durante muchos años he mantenido con él comunicación diaria y más bien múltiple que unitaria, pero sin vernos jamás, con recados, con notas volanderas o con llamadas telefónicas, porque la imprenta es una cosa que sofo-ca mucho a quien se mete en ella, pero él tenía esa pachorra defensiva que caracteriza a los enfermos que sienten en su interior la única posibilidad de ir tirando y procuraba no alterarse.

Muchas veces le daba quejas, muchas. Y él, sin afirmar ni negar, sin comprometerse a nada, decía:

—Usted tranquilo, usted no se sofoque.

Y me conformaba con alguna promesa que no cumplía y daba lugar a nuevas llamadas y protestas. Hacía como los sastres que en lugar de meterles a las mangas la pizca que les sobra, cuelgan la chaqueta en la percha y al día siguiente dicen que ya está. Esas composturas de percha me las hacía cada dos por tres.

Como se hinchaba de alguna parte cada día, se quedaba “arriba” con frecuencia y allí se amparaba mejor. Nunca le ví como enfermo porque eso

le estaba reservado a D. Luis Caballero que ha tomado a su cargo enterrar a todos los aficionados a la tinta de imprenta, sin ver que se va a morir de aburrimiento y va a salir perdiendo, pero le eché muchos sermones por el cable, comprendiendo que en las primeras hinchazones juveniles participó su corazón y se le quedó faltar, hasta acabar con su vida como un escopetazo, ante el asombro y la sorpresa generales y la sincera condolencia, porque entre lo nativo y lo patológico habían hecho de él un símbolo de paciente tranquilidad sumamente atractiva y conforme, que no es corriente en el impresor que propende a la corrección de las erratas aunque no lo consiga nunca.

Por aquello de las aficiones y de los muchos años, he tratado a todos los impresores de Alcázar y el único que se parecía a Eduardo en la calma era Benigno Alaminos, que murió también muy joven y trabajado, pero de mucha peor manera, por cáncer de laringe, y no podía eximirse de golpear con el componedor en la caja al echar al pastel las letras defectuosas, refunfuñando de la fatalidad.

Las estrechuras de la imprenta fueron obligando a Eduardo a poner cosas "arriba", que era lo que menos le convenía a su corazón, pero el estar en el gallinero es un comodín y una comodidad que induce al respeto a los demás por temor a molestar, como es la realidad. Decir que alguien está arriba o que se ha subido ya, deja conforme al demandante que aplaza con gusto la pregunta para otro momento. Esto me ha pasado a mí con Eduardo miles de veces y me ha permitido entenderme con los amigos que le acompañaban en su labor. Y como el que no cojea, renguea, cualquier día tomamos la escalera y formamos la tertulia en la cámara oscura, pero entre tanto seguiremos contando con que Eduardo está arriba y esperaremos que nos muestre el cliché borroso para armarle la gorda.

Muchas veces he esperado a que bajara, a que desayunara o a que hiciera tomiza, porque para todo se tomaba su tiempo y de estar en la imprenta no hubiera dejado de ir a buscarle, como lo haré algún día sin poder contenerme, aunque ahora me conforme con ponerlo en las memorias alcazareñas como ejemplo de hombre bueno y trabajador, conceptos que van siempre muy unidos porque el que trabaja continuamente no puede ni le da tiempo a pensar en nada malo, como el padre de muchos hijos que no hay que prohibirle que se vaya a correrla porque nunca tiene gana de belenes, pues la necesidad es lo que mejor ahorma al hombre y si le aprieta de veras le hace santo.

Antiguo Bullir Alcazareño

Como la gente se olvida tanto de las cosas, me complace incorporar al inmenso archivo de esta obra, el recuerdo de algunos otros alcazareños que dejaron marcada huella de su paso por la vida.



Paco Quinica en la Alcaldía.

Qué sensación de dominio, de amparo y de tranquilidad.

Cuanto corazón.

Alcázar tuvo su señorío que está por estudiar y estos señores, sin ser una cosa del otro mundo, constituyen una nota de elegancia muy propia de su época y de atrayente distinción.

Se trata de Don Julián López Tapia y de Doña María López Millán, —la Mariquita de doña Flor—, cuya casa, de piedras como las del Ayuntamiento, como las de Santa Quiteria y las de D. Juanito, no es ni su sombra, pero, está en pie en la esquina de la calle Arjona.





Jesusillo "Saminón", uno de los discípulos de provecho del famoso Dr. Creus que figura en nuestro callejero, conocidos ya de nuestros lectores, el maestro y el alumno y en la cátedra nada menos.



El tío Mocho -José Antonio Moreno Monreal- que nació el 14 de Febrero de 1845 y murió el 21 de enero de 1933, hombre muy representativo de su tiempo, sociable y pausado, de mucha sorna, que paladeaba las palabras y daba sabor a los juicios que emitía, como aquel de comparar el corte del tocino sentado con el del jabón, que parecía que se estaba comiendo al oirle.



José Carreño Pastor, el hombre de la Escobara, el suegro de Lucidio, que murió el año 1902, prototipo de nuestros arrieros de ancha faja y chaqueta abierta por no hacer falta abrochársela para abrigarse ni utilizar sus bolsillos que reemplazaba la faja con ventaja y comodidad. Hizo buena pareja con la Concepción y dejó bien infiltrada su trajinería para toda la descendencia.



Cayetana la Cantera, la que más se pegó a su madre, la tía Manuela y continuó con el arte de las tortas, porque las otras hermanas se situaron lejos del horno que aparece aquí ya revestido de azulejos blancos, aunque todavía cuelga de un clavo el candil de alumbrar dentro del horno y la hornilla de yeso contra el esquinazo del machón, como un hornal pequeño con la caldereta en que se preparaba el

baño para las tortas que lo llevaban, es decir, que no eran pardas. Cualquiera puede creer que fuera la hornilla para hacerse la comida sin dejar de trabajar, pero a la Manuela no le hacía falta porque almorzaba una patata cruda, signo de la dureza de los tiempos. Aquí hay sin embargo un fogón a la derecha con hornilla de carbón de encina sobre cuya barra está apoyada la Cayetana y sobre él llama la atención la gran caldera de cobre que utilizaba como perol para hacer los batidos. Las hacía su hombre, Francisco Carrazón y sus familiares que trabajaban el cobre y no había casa regularmente abastecida que careciera de la suya para las necesidades de cada día, aunque no estuvieran tan relucientes como esta de los bizcochos. Las tortas de la Cayetana marcan la línea tradicional y calificada de la Manuela la Cantera, que no es lo del negocio por el negocio, sino lo del prestigio por la calidad y la fama por el sacrificio para lograr la pureza del producto.

Dentro de la misma casa, se vió que las hermanas de la Manuela no tuvieron el mismo esmero, como después tampoco sus hijas, aunque formadas en el mismo hogar, supieron darles el mismo punto y sacrificarlo todo, el tiempo y la utilidad, a la bondad de la obra y a la elección de los materiales y su preparación.

Es una labor reducida como lo demandan sus cualidades, que de ampliarse se verían perjudicadas por no ser posible la atención personal y directa para cada torta ni poderse exigir a sí mismo el manipulador idéntico sacrificio para una cantidad pequeña que para un volumen grande de obra.

Habiendo nacido entre los Canteros y conocido a la Manuela con sus hermanas y hermano músico y con su prole después y convivido en aquella época de escasez, se queda uno perplejo ante la capacidad y el esfuerzo de la Manuela para salir adelante, sola, con aquella carga y tener gusto para hacer una labor tan meritoria. Entiendo que la misma miseria pudo dar lugar al esmero de la Cantera para satisfacer el deseo que también era necesidad de todo el vecindario y acabó por dar fama a la Villa por las tortas de la Cantera, porque todos los favores y todas las atenciones dispensadas, que fueron muchos, eran agradecidos por los alcazareños con tortas que encargaban con un interés y un cuidado ex-

traordinario que dejara satisfechos a los favorecedores y que dentro de su bondad y buena presentación estuviera al alcance de cualquier fortuna y se pudiera repetir en caso de necesidad, pues las docenas de tortas volaron por todas partes y siempre con más deseos de agradar que de ganar. Esa es la deuda que tiene Alcázar con la Manuela la Cantera y con esta rama de la Gayetana y su hijo Antonio que es la única que ha perdurado y sería lástima que no continuara con el mismo espíritu de rectitud y de sacrificio que es gloria de la nombradía alcazareña, las tortas de Alcázar, que no pueden ser cualquier cosa sino las que logró la Cantera, trabajando, esmerándose y dando gloria a la Villa, las que Estrella, primo hermano de la Manuela, sacaba tan ufano a la estación para que viera el Rey lo que era bueno cuando iba de caza.

Hay que resaltar estos ejemplos que tienen un gran valor por sí mismos, pero mayor todavía como estímulo y como enseñanza de cuantos los contemplan, sea cualesquiera el arte a que se dediquen.

SUCEDIDOS

Julián el de la Gabriela, ese hombre al que hay que considerar muchacho por su ingenua rusticidad, cuenta que estando de quintería en el herradero de Penalba dormían con los pastores y una noche después de cenar les preguntaron si querían un poco suero, sin que nadie mostrara gana, pero el mayoral, Gregorio Arteaga, le dijo a Julián:

—Pues a tí te gusta el suero.

Ante la insistencia se levantó teniendo al lado a Villena el de la Alameda y cogió un caldero que había en el techo colgando de una garrota y glo, glo, glo, dió fin de él y dijeron los forasteros.

—Ocho litros te has tragado.

Otro día fue de caza con ellos un perito de la Renfe y desde la Alameda se fueron a las Tintoreras en un carro con una mula y el hombre no sabía donde acomodarse. Después de todo el día andando y cargado con cuatro liebres, al subir al carro para ir a la Alameda, dijo:

—Me da la sensación que voy en un coche cama.

Hicieron dos liebres con arroz y decía que era la cena más agradable que había comido en su vida y de apetito para qué decir, porque la comida tiene que ser trabajada.

Un día llega un gitano a la era a pedir paja. Julián estaba trillando y el Angel dándole un vuelco a la paja, le dijo al gitano:

—Si me ayudas a volcar la paja antes que venga el amo te lleno la saca.

Se quitó la camisa, se puso al lado del Angel y le echaba más paja a él que al montón pero llenó tanto la saca que no podía con ella y fue la risión de todos los vecinos.

En un escrito reciente nos lamentábamos de los diferentes comportamientos de los muchachos en las épocas próximas y casualmente nos llega esta prueba concluyente con una estudiantina de chicos de las que ahora no se ven por ninguna parte,



es decir, que los mozalbetes jugaban y se entretenían con aficiones nobles que les enaltecía y ennoblecía el ambiente, lo contrario que se ha instaurado después.

Los que integran esta agrupación, son de izquierda a derecha.—Sotero, el del avisador, Angel Cruz, Mezquina, Fulgencio Muñoz, el de Guinda, Pedro Ubeda, Garibaldi, y Vicente Carmona el de la Aniceta la Pía, Emilio Alaminos, Picuco, Cipriano Camacho, el de los Bultos, Baudilio Alaminos, Picuco, Santiago Carmona, Pío, Un fallecido, Manuel Carpio Baquero, el Repretao y José Carmona el tercer Pío, a todos los cuales les rebosa la alegría y la más sana satisfacción.



El Chirolo, —P. Luciano Menasalvas Izquierdo—, de grata memoria y reiteradamente aludido en éstas páginas, personalidad destacada en la orden de los Escolapios que nos recuerda Paco Meco con admiración y gratitud por haber recibido de él consejos y enseñanzas importantes. Fue visto siempre en este su pueblo con el acatamiento y el cariño que merecían sus cualidades y también por el esfuerzo que realizara para labrarse una personalidad científica, independiente de su misión sacerdotal.



Grupo Escolar

Este retrato de mi escuela que debo a Teresa Gil, sobrina de Sindo, es de cuando ya me habían quitado a mí, aunque los chicos son todos de mi tiempo.

El chico de la vanda que hay a la derecha del maestro, es su hijo Javier y el de la izquierda el hijo del maestro Don Jesús. Los tres primeros de arriba, a la izquierda son Paco Cuevas, Ramón Díaz y Fulgencio Alcolado. El que está en el centro, haciendo cono de la pirámide, es Jesús Requena, debajo su hermano Lorenzo y a su izquierda Leonardo Delgado. A la izquierda de Lorenzo, Austregesilio Marín. Sindo está abajo señalado por un círculo por su sobrina y en el lado opuesto, izquierdo de Don Cesáreo, Justo Chocano, en la punta Francisco Hernández el de Perico el de los Alambres y sobre él Adolfo Serna. Algunos de los más señoritos son forasteros y no muy recomendables.

Nunca he olvidado a Don Cesáreo ni a su familia, el considerable descuido de doña Alberta, la escasa vitalidad de la Luisa y de Javierito, la tos del padre y sus abundantes provisiones de tabaco picado de cuarterón que mezclaba con salvia y huñedecía con ron para hacer esmerada labor de pitos utilizando una grande y esmaltada caja de bombonería de donde iba llenando la petaca.

Con frecuencia hablo de la escuela y de los escolantes, por eso me complace tanto publicar estos grupos aunque ya no figure yo en ellos, pues una de las cosas que más he sentido a lo largo de la vida es no poder relacionarme con Don Cesáreo ya de mayor, cuando tan provechosas hubieran sido las meditaciones seguramente para los dos y supe con tristeza que en su época albaceteña se dolía del olvido de los alcazareños y del desagrado de su labor, cosa corriente en los profesionales y propia de todo sembrador que debe esparcir la simiente con prodigalidad, como hace en todo la naturaleza y conformarse con la que arraigue, guardando de su semilla para la reproducción.

Para conocimiento y satisfacción de los que fueron sus alumnos puedo decir que Don Cesáreo era hermano de Don Felipe Arroyo Hernández y ambos naturales de Fuente de Santa Cruz, pueblecito de unos cien vecinos de la provincia de Segovia, partido de Santa María de Nieva, de donde yo tengo ahora una monja, que también es casualidad. Don Cesáreo se casó con Alberta Albinet García, (le decían la de Albinet) y tuvieron de hijos a la Luisa, Javier y Manolo.

Don Felipe se casó con una de las de Don Juanito, Julia Alvarez de Lara Añover y tenían de hijo a Felipe Arroyo Alvarez de Lara que se casó con una de las del Ayudante, Concha Vilaplana, reapareciendo el nombre de la abuela en el nieto Julio. Ambos hermanos se dedicaron a la enseñanza y se ayudaban en las clases con evidente beneficio para los alumnos, por lo que deben ser recordados, aunque Don Felipe fue Alcalde de tan escasa fortuna que ni siquiera se recuerda. Y eso que le combatieron con toda la mala idea de que suele hacer gala la política de todos los tiempos.



Este taller de costura, que es el de las Cárdenas de la calle de las Huertas, tiene en éstas páginas su merecido recuerdo, pero es oportuno remacharlo porque se sorprenderá el mundo de la cantidad de oficialas que aquí aparecen, de cuando las mujeres lo eran de su casa y además de ganar iban a aprender para casarse.

No era solo este taller, cualquier modista tenía un número parecido de costureras y no digamos las satererías que parecían colegios y atraían a los mozos como la miel a las moscas.

Obsérvese que sacaron a la acera las sillas del taller y se pusieron a retratarse entre las dos ventanas por las que los transeuntes las chicoleaban.

Todas son muy conocidas y de izquierda a derecha la Emilia Cárdenas, Nati Ma-

ta, del mayor de los Matas, Pura Bustamante, del Rus el maquinista que murió joven casado con la madrileña Ulpiana, Micaela Cárdenas, Manuela Bustamante otra de la Ulpiana, Banigna Conscience, Engracia Torrego, una de las de Apolinar el lechero de la Plaza, tan arrogante que mereció aquella copla.

“Ni en Sevilla ni en Triana
ni en Jerez de la Frontera,
hemos visto pantorrillas
como las de la Torrega”.

Sigue la Paca Cárdenas y sentadas ya, Matilde Escalona, la Romanona, la Didina de Mocho, María Achucarro, Eloísa Meco y María Pastrana, la hermana de la espiritista. Las demás que se ven es que se arrimaron como pasa siempre, que la gente se arrima, que es cuando va en serio y estas costureras, cuando algún zagalillo las quería, se preguntaban entre sí:

—¿Pero se ha arrimado?

—Anda rondando pero no dice nada. Anoche se cruzó conmigo y tosió, pero aligeró el paso y me echó delante. Se conoce que le da vergüenza o es tonto.

LA IMPRENTA

Como arte tipográfico o manejo de los tipos de imprimir, ha tenido en Alcázar y para Alcázar la importancia que se ha hecho resaltar en diferentes momentos de esta obra, importancia que se aprecia en muchos detalles y uno fundamental es el número de aprendicillos, revelador de que las familias le reconocían porvenir y subsistencia, a pesar de que antes se le consideraba oficio enfermizo.

Más o menos he conocido a todos los que en Alcázar han tenido que ver con la letra y con la tinta de imprenta y comprobado el error de atribuir a esa ocupación la causa del fallecimiento de las personas que tenían a su alrededor otros motivos mucho más influyentes y decisivos sin que nadie se fijara en ellos ni les concediera la menor importancia.

"Esta fotografía de la oficialidad de la imprenta Castellanos, dice Emilio Paniagua, me la facilita Tejera, -Manuel Tejera- el que fue futbolista. Y son de izquierda a derecha:

Arnaldo Rodríguez, el hijo de Pedro José el conductor de la calle de la Victoria; el mismo Manuel Tejera; Ramón Castellanos "Moncho", con pañuelo de luto al cuello, por lo que luego se dirá. Le sigue Pedro Díaz Marcos de León, el último de los hermanos Díaz, que eran siete y dos hermanas.

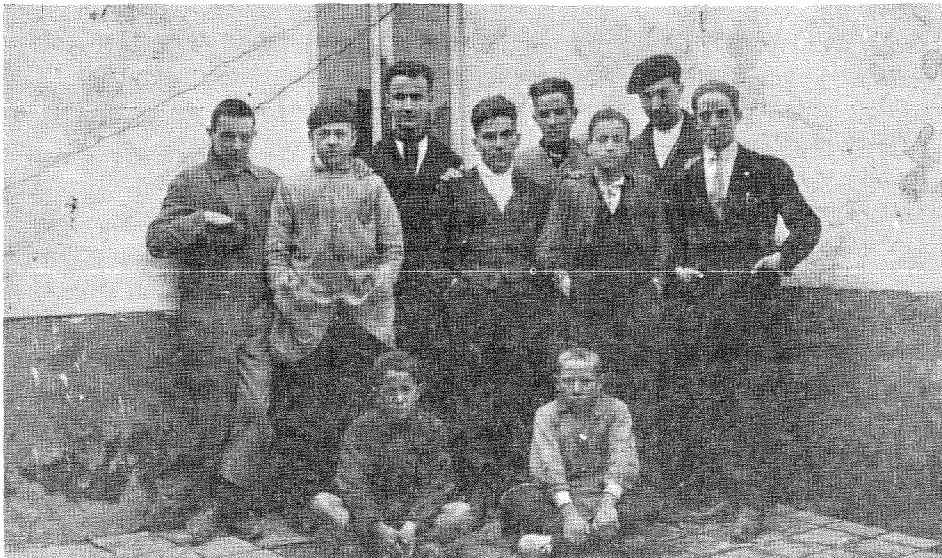
Antonio Pacheco, que era medio cegato, pero nunca usó las gafas, Ramón Laguna "el gato"; Arturo el patriarca de la cuadrilla; y "Pitos" en pose flamenca.

Sentados en el suelo, Juanillo Sarrión, y... no me acuerdo del nombre, pero era Ortiz, hijo del Lobo, que vivió en la calle Montes. Éstos, eran los aprendices de la imprenta.

Tiempo de esta fotografía, debe ser por el año 1925, y el luto que lleva Ramón, debe ser por su tío Antonio, ya que la madre de Arturo se murió hacia 1930. Y sobre todo el carácter y la edad que representa Tejera y el Gato, que son de mi quinta, están más en los quince años, o cosa así".

Teniendo en cuenta lo que era la vida entonces y lo que eran los oficios y como se desenvolvían, es asombroso ver en una imprenta de pueblo, que además tenía la competencia de otras dos muy pujantes, diez aprendices, —y no están todos los que fueron— que se estarían estorbando y habría que disciplinarlos como en la escuela. Igual pasó con los zapateros que formaron una gran baraja de oficiales que después extendieron su fama hasta por Madrid, constituyendo rasgos de la vida alcazareña muy dignos de valoración y similares al hecho ferroviario.

Laguna se ha quedado solo y ya se sabe que "el gato" que se queda solo en la quintería saca poco por mucho que escarbe. El tiempo lo dirá.



Escuelantes de San Francisco

Hay que decirlo así porque en realidad no es la escuela sino un grupo de ella que hicieron una función en el jardín de los frailes franciscanos, cuando tenían jardín pegando a Paco Quinica, en uno de los rincones que quedaron al enajenar el inmenso patio que fue cementerio muy cuidado en sus buenos tiempos, cuando se encargaban las misas para cada difunto por muchos millares y se llevaba comida a los muertos por lo menos durante el primer año dándole el nombre de "añal", pero los que podían lo sostenían mucho más tiempo y con raciones variadas, como consta en esta obra.



Los rapaces que aquí figuran son bastante conocidos y su porte demuestra el rigor de los tiempos.

El primero de la izquierda es Manuel Cencerrado, el que fue fraile y después tuvo escuela el resto de su vida; le sigue el sobrino de Fray Isidro; Cándido Meco y su hermano Paco, Román Alberca, el abogado y Quiralte el del Banco, Francisco Gallego y José María Llopis, familiares de la Partera de la calle del Horno, Enrique Samper el número 7 seguido de Francisco Escribano y Diego Llopis, hermano del anterior. Los números 10, 11, y 12, son los hermanos Soria, Antonio, Salvador y Francisco, el 13, Manzanera el de los espejos de la calle de los Muertos, el 14, Julio Pliego Rubio, el popular Pichirichi al que debemos este recuerdo tan entrañable, Manuel Monedero de la calle de la Tahona; el 16 Ignacio, el sobrino de la Magdalena la de la casa de huéspedes de enfrente de Daniel el del agua y el 17 José María el hijo de la Magdalena, el 19 y el 20 que están por equivocación a la izquierda, son Ocón el carretero de enfrente de la Simona e Isidoro Gutiérrez el sobrino de Fray Isidoro.

Son muy jóvenes esta gente pero apenas si hay quien lo cuente.

OBSERVACION

El que tiene lengua a Roma va, dice el refrán, pero también es cierto que el que sabe aguantar se entera de todo sin preguntar ni tener que chismorrear.

CANTARCILLO

Por el callejón del Toro
no pasa nadie,
van a pasar tus ojos,
pero no caben.



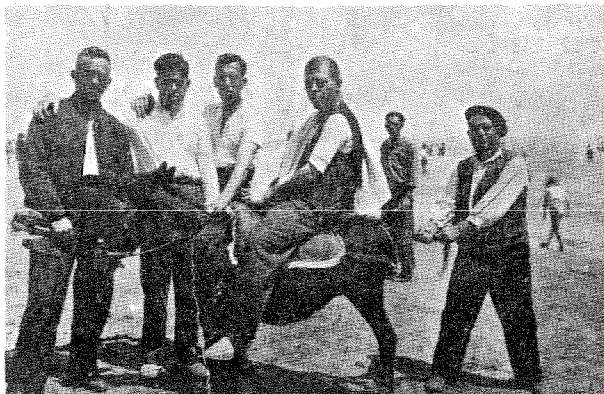
Don Julio Maroto en la actitud airada que le produce la indignación y los desequilibrios del chico que le acompaña recogiendo los patos muertos por la contaminación de las aguas.

Voz en el desierto es la que dan estos muchachos en la cuenca del Záncara ante una parva de peces envenenados por el cieno, con ejemplares tan magníficos como el que el zagal muestra colgando de una cañareja.

No se les oirá a estos chicos de la escuela como no se le oye al maestro, primero y universal paladín manchego contra la contaminación de las aguas y el envenenamiento de los montes.

Nadie oye estos lamentos, pero el espectáculo clama al cielo y todos lo pagaremos, porque el hombre lleva trazas de convertirse en la víctima propiciatoria de sus propios maquinismos.





Esta cuadrilla fueron a sacudirse la harina al ancho mar de Alicante en uno de los trenes botijos que entonces pasaban y que llevaban todo el camino una algazara que nadie se puede figurar.

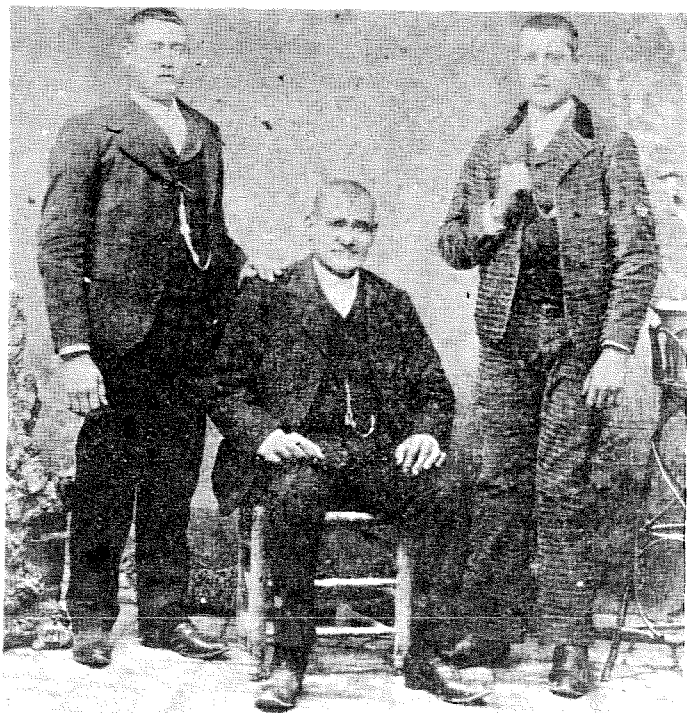
El de la borriquilla es Oviedo, aquel del peón caminero de la calle Ancha, que se colocó en el horno de Josito y se casó con la Julia, tan retaquilla como la borrica, que la

quería Austregesilio y que tuvieron el horno a este lado de la puerta Cervera.

El que le tira del rabo es Sotero el más chico, el Moreno, que cocía en la placeta de la Justa, un poco más arriba del Perrete.

Le tienen del pescuezo, Pachurro y Antonio el Camarero y de la cabeza, el hijo del Jaro el Tambor. Manuel García Barrejón.

Todos son del mismo rodal de la Placeta de las Medallas y de acercarse poco al agua como se puede observar.



Los Morales de la calle de San Juan cuando eran mocejos, Antonio y el padre del Moraleta que aparecen aquí con el que lo fue de ambos, que ya figura en estos libros.

La Cuna de Cervantes

La anunciada reforma de la nomenclatura callejera, trae a mi memoria una de las cuestiones batallanas de Alcázar, ahora olvidada por los materialismos: la defensa de la cuna de Cervantes.

La verdad es que la dejación de ese asunto no es de ahora y la realidad verdadera es que nunca se tomó con fervor y que su planteamiento, su defensa y su fracaso, constituye uno de los fenómenos más característicos de nuestra manera de ser, pues el mismo Guerras, (D. Juan Alvarez-Guerra Peña), aún no siendo alcazareño, pero si nuestro diputado a Cortes de los clásicos y nuestro benefactor más espléndido, al estilo de los indianos y tabaqueros de Filipinas, con sus arrebatos e intemperancias no favoreció nada el triunfo de la causa alcazareña. Los adalides propiamente alcazareños, editores de EL SOL DE CERVANTES que se conserva en la biblioteca nacional con otros documentos, carecían de base, de preparación y de personalidad para acometer tan magno problema y contender con los eruditos, cuyas obras, que están al alcance de todo el mundo, causan asombro por su conocimiento y la minuciosidad de sus análisis.

Pero de todas maneras el asunto no resultó claro y ahí está D. Crescencio Rosado, el ex-alcalde del más cervantino de los lugares manchegos, el Puerto Lapiche, el último defensor que conserva enarbolada la bandera de nuestra causa, para demostrar que sigue siendo defendible como alcazareña la cuna de Cervantes. Nadie nos puede quitar ese sentimiento porque es inquitante como todos los patrimonios del alma ni impedirnos su defensa y si nos falta vigor para aquellas arrogancias de que hizo alarde Guerras, no deben faltarnos dentro de nuestra casa los cuidados necesarios para que todo el que llegue a visitarnos se de cuenta desde el camino que está llegando a la verdadera cuna de Cervantes y a la tierra que es famosa en el mundo entero por haberse engendrado en ella y alimentado con sus raíces enloquecedoras, el fantasma literario que tiene mucha más vida y mucha más realidad que si hubiera sido de carne y hueso. Nada más noble ni más inofensivo ni más en armonía con el espíritu quijotesco de que podemos alardear, aunque hasta ahora se hayan visto más elementos cervantinos en cualquier pueblo de la comarca que en Alcázar que es su cuna. Criptana mismo le tiene dedicadas muchas más calles que nosotros y me creo por lo que oigo, que mejor elegidas. No digamos de El Toboso, la villa enaltecida por la más singular aureola conocida en el mundo que es un encanto andar por ella y evocar como reales los episodios novelescos, porque cada uno ha vivido mas o menos realmente escenas similares o las ha soñado como si las viviera, pero lo notable es el camino y el llegar a la casa tan en carácter y hasta la cama de la hermosa idealizada por el esforzado hidalgo.

En Alcázar no hay apenas nada que le indique al viajero el honor que nos hacemos pensando que Cervantes fuera alcazareño y el orgullo con que lo proclamamos. En otro sitio el pueblo entero estaría dedicado a Cervantes por ser imposible tener otro título más glorioso y sus obras tienen motivos sobrados para ennoblecer cualquier población y darle fama universal, pero, claro, no iba a ser Miguel, como le dicen en El Toboso, familiarmente, el primer alcazareño que fuera profeta en su tierra y está más en carácter y más en armonía con nuestro suelo, que no se le haga caso o se le corten las alas para que no suba y se ponga tonto.

No perdamos del todo, sin embargo, la esperanza de que la juventud pueda constituir la biblioteca-museo cervantino donde se puedan ir reuniendo ediciones del Quijote en todos los idiomas, biografías de Cervantes, sus obras, obras de crítica, periódicos, cartas, cerámicas, cuadros, grabados y cuanto en general contribuya a la difusión de su obra y glorificación de su persona.

La pintura de Pintafrailles

Siempre se ha hablado de ella en el lugar y a mí mismo, que he conocido a todos los hijos del tío Juanillo Alameda, me han dicho que tenía "idea", pero siempre sin ver las obras.

Casualmente y gracias a la bondadosa aportación de su nieta Isabel Lucas, podemos dejar en nuestra historia por lo menos un dibujo hecho al parecer ante alguna estampa literaria, que representa el rapto de doña Inés por don Juan Tenorio. El corcel se aleja del convento despeñando, don Juan tan ufano y doña Inés tan resignada cogida del brazo desnudo del galán que empuña la brida.

Es un dibujo elemental, de caracteres escolares, en el que hay que valorar la imaginación y la idealidad romántica de Pintafrailles pero ahí queda como nota alcazareña que alguien podrá cotejar algún día como iniciación de las aficiones artísticas en la Villa.



Presuntuosidad de nombres

Siempre que sale un libro resulta favorecido con aportaciones y advertencias interesantes que se producen, creo yo, por el halo de sencillez, de confianza y de naturalidad que rodea a la publicación, de tono puramente familiar, cosa que me agrada particularmente más que ninguna otra, por ser señal de no haberse perdido el ambiente de cordialidad de cuando recorría el pueblo y entraba de mañana en todas las casas siguiendo los pasos de Don Magdaleno, que era amigo de saborear el día viéndolo de nacer. Y enemigo de los arrumacos, al pan, pan y al vino, vino y la leche y las peinetas en menos abundancia que las de Estrella pero sin faltar.

Pues bien, el trabajo de los curanderos publicado en el libro 46, ha suscitado bastantes comentarios y algunas advertencias alarmantes reveladoras de como se interpretan y se difunden las ideas entre las gentes.

No es un secreto para nadie que la profesión médica ha perdido muchos quilates y que, como siempre, a mayor ignorancia, menos capacidad y mayor proliferación de los misterios y de las brujerías y aumento del número de hechiceros y del de personas que necesitan y buscan sus atenciones y remedios.

Esto es lo de siempre y no ofrece dudas de interpretación, pero desde hace algún tiempo se nota cierto afán de desfigurar las cosas y revestirlas de un tecnicismo que no tienen, sin duda para que los aficionados a la televisión se traguen las bolas que no pueden entrar por mucho que las embadurnen. Entre lo que baja la técnica y lo que sube la audacia, se ha formado una zona de falsedad que lo adultera todo y no favorece a nadie y debemos alabar a aquellos que como Benito se mantienen en su debido nivel, pero no todos tienen ese comedimiento y es lo cierto que los herbolarios se extienden como una plaga propia de nuestro tiempo y como la gente los acata, ellos se sienten engrandecidos, como una de por aquí que tiene puesta en su puerta una chapa metálica con su nombre y debajo la inscripción siguiente.

“Doctora en naturoterapia
Técnico en Botánica Medicinal”.

Pero lo notable es que la gente forma cola para que la atienda y da números con tres y cuatro meses de anticipación, más que la Avelina, casi.

¿Qué doctorado es ese?

¿Qué quiere decirnos la buena mujer o que es lo que le han contado a ella?

¡Doctora en naturoterapia!...

El sufijo “patía” significa enfermedad, como el prefijo Patho. ¿Quiere decir que es doctora en enfermedades de la naturaleza o que las cura con sus

propios elementos, que un clavo saca otro clavo? ¿Pero que entiende por naturaleza? O es que se refiere al organismo en su integridad, al cuerpo entero como los retratos en grande? ¿O es que quiere aludir a las prácticas naturistas?. Hemopatía, es enfermedad de la sangre, hepatopatía enfermedad del hígado, cardiopatía enfermedad del corazón, neuropatía enfermedad de los nervios, etc., pero naturopatía ¿qué significa?.

Lo de Técnico en Botánica Medicinal adolece de la misma ambigüedad y demuestra la pobre idea de la doctora sobre lo que significa embotellarse la Botánica en Farmacia.

La palabra naturaleza se entiende de muchas maneras. En general los médicos la usan como sinónimo de constitución o temperamento del hombre. En general se refiere a la esencia de una cosa o a lo que sucede siempre en iguales circunstancias o a lo que le sucedió aquella vez a Don Magdaleno en el reconocimiento de quintos, que haciendo la filiación a uno le preguntó en aquel tono imperativo que le era habitual:

—¿Naturaleza?

Y el mozo, vistiéndose acelerado entre la gente, le contestó en alta voz.

—Trece deos.

Y quedó suspendida la sesión un buen rato para reír a gusto.

* * *

Los mismos profesionales, como si estuvieran descontentos de la sencillez y la claridad, han ido introduciendo modificaciones en su titulación que tienen más de vanidad que de utilidad. Así hay dentistas que quejosos del tradicional sacamuelas se nombran odontólogos y otros más finos estomatólogos, de estoma, boca. La realidad es que son dentistas, porque aún siendo médicos, como lo son todos, el noventa y nueve y medio por ciento de sus actividades se reducen a tratar y sustituir los dientes, cosa muy natural, porque la boca enferma poco, por lo que los antiguos decían que era carne de perro, mientras que la dentadura, como huesos expuestos, le enferma a todo el mundo y la actividad del profesional se amana de tal forma con la cuestión, que elude el tratamiento de los padecimientos propiamente bucales, incluso los de complicaciones dentarias, como los flemones que los deja a su evolución espontánea por razones de comodidad. Pues sin embargo, casi ninguno pone en la muestra de su casa el rótulo de Dentista, que es lo que son y lo que todo el mundo entiende con claridad, evitando lo que le pasó a aquel que llegó a la plaza preguntando por una farmacia y la mujer a quien se dirigió le dijo:

— ¡Ay!. Mira usted, aquí no hay de eso.

—¿Pero como no si lo que quiero es que me den una hila para el dolor de muelas?

— ¡Vaya unas narices, pues haber preguntado usted por la botica de Don Gonzalo que está ahí mismo.

* * *

Otros profesionales más modestos que han tomado la misma orientación son los callistas, conocidos de siempre y en Madrid algunos de fama uni-

versal como lo fue don Florestan como dentista tratando a las familias reales de todas las cortes del mundo. ¿Qué hacen ni pueden hacer en los pies los callistas que no sea cortar callos y uñas a las personas entorpecidas que no saben ni pueden agacharse? ¿A que viene la rara altisonancia de nombres ampulosos que no responden a nada y confunden a todo el mundo?.

Entre los odontólogos y los podólogos están los herniólogos que suelen ser practicantes desacomodados que se dedican a poner bragueros a buen precio anunciados ruidosamente por entidades comerciales, pero que los pobres sufren lo indecible cuando se ven ante alguien que les plantea problemas de conocimiento. No obstante viajan como especialistas alojándose en buenos hoteles para recibir a los pacientes a horas establecidas en los pueblos de la ruta planeada y trabajada publicitariamente.

* * *

Puede ocurrir que la herbolaria para darle categoría a su arte y visos de legalidad, haya inventado eso de doctora y técnico, pero es un error porque no puede haber universidad que faculte para esas prácticas, y una falta de perspicacia, porque lo que la gente busca en ella no es el conocimiento, sino lo sobrenatural, lo que está fuera de toda regla, el poder soberano, mágico y oculto, la brujería, en suma, que no necesita de títulos y le estorban los existentes, de ahí la sensatez de Benito, analfabeta pero aguda, cuando al querer enseñarle cosas de medicina, dijo que él no necesitaba eso y que le sobraba con su poder y ese es el secreto de su confianza y de la fe que persuade.

Dice el refranero que al que se viste de prestado en la calle lo desnudan y a la flamante doctora le convendría recordar el célebre epigrama que le dedicaron al doctor Don Juan Pérez de Montalbán, que decía:

“El doctor tú te lo pones,
el Montalbán no lo tienes,
pues en quitándote el don,
viene a quedar Juan Pérez”.

Así, sí

Por verdadera casualidad, como pasan tantas cosas en la vida, he sabido que nuestra flamante y triunfante doctora en naturoterapia, fue graduada por Benito, nuestro acreditado y analfabeto herbolario.

Se puso mala y al ir a curarla, la encontró caída en una butaca, desmayada y como desmayada. Entonces Benito, en uno de esos arranques propios de sus golpes de vista y de sus corazonadas por las trazas de lo que ve, le dijo:

—Tu tienes gracia, yo te voy a curar para que tu sigas curando a los demás.

Y dicho y hecho la dejó sana e investida de su mismo poder.

Pero luego ella, por no ser analfabeta, se ha comprado los títulos que por lo visto venden en herboristería y los luce en su consulta diciendo que sabe más que él porque él sigue sin saber leer ni escribir.

Anda Benito, para que te fies y no te fijes que eso es lo que pasa siempre en la vida, que las personas a quienes se ayuda y se las coloca se convierten en los mayores enemigos y por eso dicen aquello de "cria cuervos y te sacarán los ojos", pero Benito no va a reparar en eso, tiene espíritu de creador y derrama el bien a manos llenas convencido que Dios da para todos y no concede ninguna ventaja por saber leer, más bien lo contrario, porque el no poder valerse del conocimiento ajeno agudiza el propio y a Benito no hay quien lo desbanque ni siquiera le haga sombra y menos, muchísimo menos, una doctora que presume de entendida, pues hasta ahí podríamos llegar y que las fantasmas salieran por las siestas en lugar de por las madrugadas, a pleno sol y sin tinieblas, ¿Que misterio tendría eso ni para que serviría?. La avaricia rompe el saco y esa mujer, ciega de tanto querer saber, se va a perder, porque Dios hace eso, ciega a quien quiere perder.

¡Ojalá! le lleguen estas prudentes advertencias y que las oiga, que no le pesarán ni estorbarán a su gloria aunque silenciamos su nombre y su apodo para no exponerla a murmuraciones ni poner en entredicho su nombradía, sin que ello nos impida celebrar como merece el rasgo de Benito repartiendo su poder con la generosidad del padre que todo lo quiere para los hijos y no mira si pierde hasta la camisa.

SUCEDIDOS

Después de la guerra hicieron un barril de 4 arrobas de mistela y fueron a probarla los amigos de Julián y los de sus hermanos, tres cuadrillas en total. Y se quedó en la prueba porque se emborracharon tres veces y apuraron el barril de buena que les estaba.

Julián, el de la Gabriela

Zamarreta fue a tocar a una boda, pues ya se sabe que no se le daba mal. Habían bailado la jota y cuando estaban con la rondeña puso la guitarra en la silla diciendo:

—Esto hay que remojarlo.

Le dieron zurra y dijo: voy a mear, pero se fue a su casa y se acostó.

Al ir a buscarlo los del baile, la mujer, muy cachazuda, dijo:

— ¡Anda, pero si se ha acostado!...

Y se acabó el baile.

(Recordado por Julio Maroto Escudero)

Fechas memorables

Agustín Paniagua, el hijo de Pepe el de las Aguas y nieto del tío Laureano, el nieto más parecido al abuelo porque era chiquitín, amigo mío desde chico, me enseñó muchas veces el cuaderno de pastas en que iba anotando curiosamente los acontecimientos resonantes de la Villa y no pocas me instó a publicarlos. Entonces me pareció que aquello lo sabía todo el mundo y que no había necesidad de anotarlo, pero ahora va cambiando algo mi creencia en la memoria popular y voy a recordar algunas fechas para ver como resulta la prueba y lo que dice la gente.

Don Magdaleno nació el 22 de Julio de 1866. Lo bautizaron en Santa Quiteria como vecino de la calle de los Muertos y murió en la misma casa el 18 de Julio de 1942.

El Cura Pareja -Don Ramón Pareja Romero- nació el 31 de Agosto de 1840 y murió el 16 del mismo mes del año 1898, en la casa de la Peñaranda de la calle de Santo Domingo.

Son dos alcazareños de los de más arraigo en la Villa y no los anotó Agustín, no se por qué.

Tuve la satisfacción de tratar a Don Magdaleno en su larga enfermedad mucho mejor que él a mí cuando lo del brazo que por poco me muero, aunque hay que reconocer que él se murió y yo no, hasta ahora.

También se le pasó a Agustín esta relación transcendente: la del acta levantada por Don Oliverio para acreditar lo de la Cuna, tan interesante incluso por la relación de testigos que figuran en ella.

Don Federico Alvarez Navarro, natural de Marta (Aibacete), vecino de Madrid, exnotario público de aquella Villa y Corte.

Don Federico era alcazareño hasta el hueso. La razón de que naciera en Marta como lo hizo también Don Joaquín, fue por haberse tenido que refugiar allí su familia a causa de las luchas políticas.

Don Lorenzo Carrión y Carrión, notario público de Madrid, natural de Quero (Toledo).

Don Joaquín Alvarez Navarro, de Marta, vecino de Alcázar, abogado, propietario y expresidente de la Diputación provincial de Ciudad Real.

Fray Patricio Panadero Vargas, Procurador General de la Orden de Franciscanos de España, natural de Alcázar.

Don Joaquín Sánchez Cantalejo, natural de Alcázar, vecino de Manzanares, abogado y propietario.

Don Vicente Moraleda Palomares, natural y vecino de Alcázar propietario y profesor de veterinaria de primera clase.

Don José López Frías, natural de Montiel (C. Real), vecino de Villamanrique, abogado.

Don Aurelio Serrano Villarejo, de Alcázar, abogado.

Don Gemino Martínez Huguet, Contador de los fondos municipales y corresponsal de EL IMPARCIAL, de Madrid.

Don Emilio Ortega y Manrique de Lara (Emiliete), de Alcázar, corresponsal de LA TRIBUNA de Ciudad Real.

Don Julio Lescorbourea Davant, natural de Avila, vecino de Alcázar, corresponsal de LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA, de Madrid.

Don Antolín Escribano Palomino, oficial de la notaría donde se hizo el acta.

Don Vicente Jaén y Gallego, abogado, natural de Alcázar.

Don Juan Leal Atienza, de Alcázar, industrial.

Don Juan Escalona y Don Julián Arias.

Don Oliverio, como hombre de opulencias, no se quedó escaso para testificar la memorable acta.

El día 12 de Febrero del año 1893, que es el de mi nacimiento, se inauguraron las cabinas de cambios que han sido destruidas este año y desde las cuales, por el sistema de fuerzas hidráulicas, se hacía el cambio de agujas.

La primera que se hizo fue la del paso a nivel de Madrid y carretera de Quintanar.

El día 18 de Junio de 1908 se tiró el arco de la Plaza para darle anchuras a la carretera y alegría a los Sitios quitándoles el miedo a los vecinos.

Como me pienso ocupar algún día del mal gusto con que ha sido tratado el cementerio civil, aprovecho ya una nota de Agustín en la que dice que fue inaugurado el 16 de Abril de 1888 y que su fachada principal solo la compone una grande reja con puerta en su centro y sobre esta, en la parte de dentro, un grande templete, todo ello de hierro forjado con adornos de hierro fundido por la parte de fuera y en la parte superior del montante de la puerta, con letras de bronce, la siguiente inscripción:

“EN DIOS NACEMOS; EN DIOS MORIMOS Y EN DIOS RENACEMOS A OTRA VIDA MEJOR”.

Esta fachada, que era solemnísimas y muy cuidada como el cementerio todo, parece haberse olvidado pero debe conservarse su recuerdo por lo que valiere.

El día 1 de Diciembre de 1910 se derribó el chimeneón Otero, primera gran chimenea que se hizo en Alcázar y se llamó el Chimeneón y estaba en la terrera del corral donde se hizo el Teatro Moderno.

Aportaciones heterogéneas

Don José Luis Ibáñez, antiguo Jefe de la Subsidiaria de Campsa, amigo de todos y que no olvida sus buenos tiempos alcazareños, nos favorece con estos sucedidos futbolísticos que deben incorporarse al anecdotario local como ayuda a la reconstrucción de la vida pasada.

He aquí los relatos del Sr. Ibáñez:

EL DEPORTE INFANTILIZA

Se jugaba aquel domingo la final de la Copa de España, entre el Valencia C. F. y el Athletic de Bilbao.

Antes debo aclarar que la directiva del Gimnástico se había dirigido a todos los clubs de Primera División en solicitud de una foto de cada equipo y solamente el Valencia y el Athletic habían accedido a nuestro deseo, la del Valencia con la firma de cada jugador sobre la blanca camiseta.

Teníamos en nuestro Club un valenciano llamado por todos el "Ché", que cuidaba del vestuario del equipo, lavado de ropa, arreglo de botas, etc., el cual al recibir las fotos citadas eligió la del Valencia para colocarla en el testero principal de nuestra oficina, que se hallaba en un cuartito junto al Alces, en la carretera de Criptana.

Pues bien, aquel domingo, al terminar la final de Copa, ganada por el Athletic por uno a cero, me entraron unos ineludibles deseos y los satisface, de correr al local social, descolgar el retrato del Valencia de su puesto de honor y colocar en su sitio al Athletic, reciente campeón.

Era un merecido homenaje a mis paisanos los vascos y una prueba del infantilismo de los seguidores del fútbol.

* * *

RA, CATARRA, CATARRA...

Se jugaba un importante partido, cara a la clasificación del campeonato, en Criptana, entre los equipos de este último punto por un lado y el Gimnástico de Alcázar, por otro. Dada la corta distancia entre ambas localidades, horas antes del partido la carretera de comunicación se hallaba en plena efervescencia de los seguidores del Alcázar, que habían apelado a todos los medios de locomoción, bicicletas, coches, carros, "coche de San Fernando", etc. Como prueba del buen humor que acompaña siempre a los deportistas, está aquel carro que llevaba encima un borriquillo con un letrero que decía: REPUESTO.

Antes del partido, ya en el vestuario alcazareño, el entrenador Raboso, que había sido jugador del España sin conocer la derrota y a la sazón guardia municipal del pueblo, se dirigió a mí como presidente del club y me dijo:

—¿Podré dirigir una arenga a los jugadores?,— y al darle mi aprobación les dijo:

—Muchachos, en nuestra pufifetera vida nos han ganado los de Criptana, de manera que a ellos.

El partido se ganó por uno a cero y hubo ocasión de prodigar nuestro grito deportivo que decía:

—Ra, catarrá, catarrá...

—Contestan otros: "Ra"

—Ra, catarrá, catarrá...

—Ra.

—Ra, catarrá, catarrá...

—Ra.

Habla otro: Crip...tana (el equipo antagonista)

—Ros...cos...tier...noss.

Antonio Coloma, el yerno de Apolinar, el antiguo lechero de la Plaza, escritor conocido y reiteradamente laureado, nos habla, como otras veces, de sus aventurillas alcazareñas yendo en busca de la novia. Vean los lectores lo sucedido en ese día.

DESTINO, ALCAZAR

Habría algo más irresistible que el sueño?. Otras necesidades humanas se pueden diferir, aún las más perentorias, como el hambre y la sed, pero el sueño es traidoramente implacable, tal como la muerte súbita. En realidad el sueño es una pequeña muerte.

Pero el sueño es también veleidoso. Entonces es como un pájaro que nos roza el semblante con las alas, al que en vano tratamos de atrapar. Compadezcamos a los insomnes; a los que, cansados de contar borregos, no les queda otra alternativa que recurrir a alguno de los innumerables somníferos para quedar dormidos, con un amargor en la boca.

Estas consideraciones me acuden al bolígrafo, al evocar un lejano viaje a Alcázar, en el tren correo de la noche, que parte de Alicante sobre las 22. Ya ha llovido desde entonces; pero el sueño inasequible de aquella noche, parece que sigue pesándome sobre los párpados. Hay quien duerme, si llega el caso, sobre el palo de un gallinero; pero yo necesito extenderme siquiera sea en algún jergón, sobre el que se tendiera don Alonso Quijano, por aquellas ventas de Dios.

Los compañeros de departamento, reposaban con la boca abierta, en brazos de Morfeo. Y qué interminables esas horas de la madrugada, con el incisivo tacatá del tren bailándote en el alma.

Pero mi gran esperanza era Alcázar y su fonda francesa. Contaba las horas y últimamente, hasta los minutos que tardaríamos en llegar.

Por fin, la estación. Dos viajeros y yo cruzamos el desierto andén, y, a buen paso, nos plantamos en la fonda. Pero, "ay", que allí nos esperaba el consabido "jarro de agua fría". Porque precisamente, por aquellos días, se celebraba en la ciudad de las tortas un Congreso Nacional Vitivinícola, y las fondas y hospedajes estaban al tope. Aquello era una variante del clásico suplicio de Tántalo.

Empero, la esperanza nunca se pierde por completo. Y allá fuimos, Castelar abajo,

los dos viajeros y yo, por si alguien nos pudiera orientar para conseguir cama. Tomamos café en un bar temprano, preguntamos al barman, sin resultado positivo, sobre nuestro propósito. Y cuando ya nos disponíamos a salir, un trasnochador, con ojos de borrachín, se nos ofreció para indicarnos un hospedaje. Recuerdo que fue en una casa de una calle próxima a la de Castelar.

—“Llamen allí, —dijo señalando una modesta casa de dos plantas— que de seguro disponen de camas.

—Pues gracias, amable amigo. Y allí fuimos, para aporrear la puerta repetidas veces, sin que nadie respirase desde dentro. Y temiendo que el jarro de agua fría se hiciera realidad sobre nuestras cabezas, regresamos desesperanzados, a la fonda.

El mozo de servicio, tal vez compadecido por mi cara de fastidio y de sueño, me llamó aparte para decirme:

—A las siete debo avisar a un señor que sale a las 7,30. En cuanto se marche, pongo sábanas limpias, y a dormir.

Serían entonces las seis. pero aquella hora se me hizo interminable. Impaciente, sobre las 6,50 acompañé al mozo, que llamó con los nudillos al viajero; pero éste contestó con voz somnolienta:

—Gracias, pero saldré en otro tren.

Indudablemente me perseguía la fatalidad, porque hasta dos horas más tarde permanecí reclinado en uno de los sillones de mimbre del “hall” de la fonda.

Pero lo más curioso fue que al hablar al mozo de nuestras andanzas en busca de hospedaje, indicándole la zona próxima en que nos aseguraron habría camas, me replicó un tanto extrañado:

—Que yo sepa, no hay fondas por donde Vd. me dice. Y tras una pausa, añadió:

—Ya caigo. Algún socarrón debió encaminarles a la vivienda de una celestina conocida por “La tía Catorce”.

ACLARACION

Por no hacer el libro más extenso, ha sido preciso retirar de este 47 y pasar al 48 ciertos trabajos que conocían algunos lectores. Perdónesenos la falta o el exceso y procuraremos enmendarnos para que todo salga a su tiempo y a pedir de boca. Muchas gracias.

NOTA

Cualquier idea, cualquier documento, fotografía o recuerdo que pueda servir para aclarar la historia de la Villa, se publicará con mucho gusto y se hará constar el agradecimiento que merezca.

Viajes a carro parado con bota y merienda

En las postrimerías de la buena vida y de la sanfasón de la gente para pasarlo a gusto, se hicieron en Alcázar bastantes viajes a carro parado con su correspondiente merienda, simulándolos como realidad en toda su duración.

Fueron los más constantes en estas imitaciones chabacanas, al estilo de las truculencias de Ulpiano en el Altozano, Julio Espinosa, César Castellanos y Correíllas.

Pensaban el viaje, al río, al Mamello, a la huerta de las Mañanas y uncían la tartana en mitad del corral de Julio, hablando entre sí y a ratos con la mula como si el animal se moviera. Hacían un poco zurra para írselo bebiendo mientras colocaban en los asientos y en el suelo del carrillo los menesteres de la merienda preparada, la bota, las tarteras, las alforjas con las herramientas y la cesta con los tomates y las cebollas sin las cuales no hay ensalada sabrosa y los pepinos tiernos, el salero y la aceitera de cuernos y el vinagre en la cantimplora, más una botija de agua de poco uso pero por si acaso, colgada de los varaes.

La colocación se llevaba a efecto sin parar de hablar suponiéndose en viaje y nombrando los sitios por donde se pasaba hasta tenerlo todo dispuestos que le decían a Julio:

—Ten cuidado al salir no pase alguien y le des.

—No hay cuidado, voy seguro. Arre Morena, decía como si arreara a la mula que estaba parada y con la tartana calzada. Veis preparando que en cuanto lleguemos al cementerio le metemos mano.

—¿Empiezo un tomate para refrescarnos la boca? Dice Correíllas.

—Bueno es, contesta César, que no le dice mal a las tajaíllas de tocino. Trae un trago para hacer boca. Tu no sueltes los ramales no se cruce alguien y lo atropellemos.

—Si, claro, dice Julio y vosotros comiendo. Acerca la merendera que coja un tajada. Ahora subiendo a la Altomira va la mula sola y podemos comer los tres. Saca primero el pollo con tomate y deja el jamón para después. ¿Pusísteis a refrescar los pepinos?. A ver si van a estar calientes. Arre mula, que vamos tarde.

En medio del corral pero metidos en la tartana y hablando como de viaje hicieron muchas meriendas y consumieron muchas tardes hasta que encendían las luces que desenganchaban la mula y se subían hacia el paseo viendo los escaparates y haciendo nuevos proyectos con lo que iban viendo, sobre todo en las tabernas de Federico y del Siro que eran los más atractivos de comidas a esas horas que ya se iban a sus casas hablando poco y por lo bajo y les encandilaba la vista alegrándoles para la tarde siguiente.

No escasearon ciertamente en la Villa estos modos y maneras de entender la vida y matar el tiempo sosegadamente.



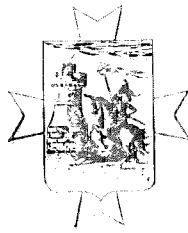
DISCRETEOS ELOCUENTES

La Trini de compras y de ventas, luciendo este capullito por la Castelar.

Aunque sea en dibujo y no adecuado, como recuerdo infantil de Gabriel, me satisface dejar la imagen gitanesca de la Trini, no morena, sino negra y sevillana, pero ligada a la historia de Alcázar más de la mitad postrera de su vida.

Me pareció siempre una excelente mujer, buena y lista como ella sola y la ví de sufrir tanto y de pasar tantas calamidades que, cuando se remontó, no me cansaba de alabarla.

No se si vive, pero sí que ella, tan conocedora del mundo, hará por no parecerlo y, viva o muerta, me place tributarle el homenaje de respeto y admiración que merece por lo que sufrió. Y, ¿Por qué no?. También de cariño, porque cuando se le murió el marido aquella siesta de Agosto en la puerta Cervera, sólo lo vimos los dos.



Depósito Legal C. R. 83 - 1961

Imp. VDA. DE MOISES MATA, S. A.,
Primo de Rivera, 6
Alcázar de San Juan - 1980